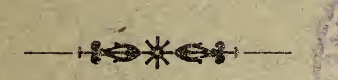
JOSE TELLAECHE y ANTONIO NAVARRO ORDOÑEZ

VIEJAS LEYES

COMEDIA CASTELLANA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

14

VIEJAS LEYES

VIEJAS LEYES

COMEDIA CASTELLANA

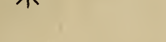
en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

JOSE TELLAECHE y ANTONIO NAVARRO ORDOÑEZ

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona, el día 10 de Noviembre de 1916 y en Madrid, en el TEATRO DEL CENTRO el 30 de Enero de 1919, por la compañía de

FRANCISCO MORANO



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, M 551

1919

Fué el noble caballero **Don Francisco Fernández-Villegas «Zeda»**, quien primero conoció esta comedia, quien primero alentó a sus autores, quien les encaminó hacia el gran actor que había de acogerla con cariño de padre y ampararla con el caudal de su arte prodigioso.

El nombre de aquel crítico ilustre ha de ir en esta primera página como un homenaje a la memoria inolvidable de

«ZEDA»

A Francisco Morano

actor genial y amigo entrañable, con admiración, cariño y gratitud.

Pepe Antonio.

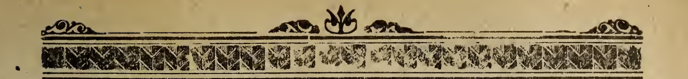
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA CRUZ, 25 años...	**Amparo Fernández Villegas.**
ROSARIO, 23 íd...........	Raquel Martínez.
DOÑA ROSA, 58 íd.......	Elena Rodríguez.
EMILIA, 25 íd	Concha Villar.
CAROLA, 20 íd............	Pura F. Villegas.
ENRIQUETA, 22 íd........	Eloísa Vigo.
SATUR, 25 íd..............	Carmen Tejadá.
DÁMASA, 20 ó 22 íd.......	Patrocinio Rico.
CARMEN, 16 íd............	Carmen de Armenta.
UNA DONCELLA..........	Eugenia Fraile.
DON GASPAR, 50 años....	**Francisco Morano.**
LUIS, 30 íd................	Juan Aguado.
DON HIPÓLITO, 50 íd....	Manuel Vigo.
CURRUCA, 65 íd..........	Víctor Pastor.
RAMÓN, 25 íd........... .	Gonzalo Llorens.
ANTONIO, 28 íd...	José M.ª de Monteagudo.
JOSÉ MARÍA, 25 íd.......	Manuel Martín Vara.
EL MOCHIL, 16 íd.......	Fernando Porredón (hijo).
ANGEL BUENO..........	Marcial Morano.
PEDROTE	Ernesto Alvarez.
OTRO........	Francisco del Peral.

Mozas y mozos del pueblo

La acción de los actos primero y tercero en Valdemontes, pueblo de la provincia de Madrid. La del segundo en Madrid. Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

La escena representa la portalada de una casa de labor de las más ricas de un pueblo de Castilla. Al foro y al centro, puerta grande de dos hojas, que da a la calle; á la derecha, ventana con reja, que tiene echada una cortina blanca. Detrás, forillo de plaza. Primero y segundo término derecha, puertas que dan acceso a las habitaciones interiores. Primer término izquierda puerta que da a una escalera, de la que se ven tres peldaños; en segundo término, otra puerta de ancha hoja que da paso al corral de la casa. En segundo término izquierda, una mesa blanca de pino, rodeada de sillas de paja y un sillón también de paja; por las paredes y en el suelo algunos instrumentos de labranza y una silla de montar de las llamadas vaqueras. Es la caída de la tarde, y en el transcurso del acto irá anocheciendo poco a poco. El telón comienza a levantarse mientras se oye la copla que cantan dentro.

ESCENA PRIMERA

RAMON, ROSARIO y EL MOCHIL. Rosario sentada casi al centro de la escena, cosiendo. Ramón de pie junto a ella. Al lado de la puerta del corral El Mochil, sentado en el suelo arreglando unos cestos grandes de los que se usan en las vendimias

(Copla dentro.)

¡Qué bonita te hizo Dios,
y qué *arrepentío* se halla
al ver que no entra en el cielo
la gente que antes entraba!

RAMÓN (A Rosario.) ¡Vaya copla! Parece que pensó en ti el que inventó ese cantar.

Ros. Calla, tonto.

(Copla dentro.)

Con esos ojazos negros
me estás haciendo más daño
que aquella negra tormenta
que cayó en mi siembra hogaño.

Ramon (A Rosario.) También te va.

Ros. Déjate de coplas. ¿Has visto hoy a mi padre?

Ramón Me pareció verle pasar por La Humbrosa; pero ni miró pa la viña.

Ros. ¡Está de un humor!

Ramón ¿Qué le ocurre?

Ros. Que María Cruz dice que no se arregla con José María, ¡que no le quiere!

Ramón Pues que le deje. ¡Ni que José María fuese!...

Ros. (Interrumpiéndole.) Si mi padre lo que no quiere pensar es que mi hermana se vaya a encalabrinar con algún señorito de Madrid... y como no ha faltao quien le diga que se echó un novio cuando estuvo allí hace un mes con tía Rosa .. ¡Estoy con esto!...

Ramón ¡Bueno! ¡Tú me harás el favor de no meterte en nada! ¡Ya te lo he dicho! ¡Bastante tienes con preparar las cosas pa el día del Cristo, que este año parece que no va a llegar nunca!

Ros. (Sonriendo.) Ya llegará... ¡Y ya renegarás algún día de que haya llegao!...

Ramón (Con cariño.) ¿A que te cansas tú antes que yo?

Ros. ¡Yo no he de cansarme nunca!

Ramón ¡Ya lo veremos!

ESCENA II

DICHOS y CURRUCA

Cur. (Entrando por la puerta del foro.) ¡Buenas tardes!

Ramón ¡Hola, tío Curruca!

Ros. ¿Qué traes por aquí?

Cur. Ná, que vengo a recoger el hatillo de esta semana, y de paso a echarle una bronca a éste... (Señalando a Mochil.)

Mochil (Volviendo la cara hacia Curruca.) ¿Ah, sí? ¡Pos se podía usté haber quedao al otro lao del río!

Cur. (Regañándole.) ¿Encima eso, descarao?

ROS. ¡No le regañes!

CUR. Es que debió subir a La Humbrosa esta mañana, y míalo qué tranquilo está.

MOCHIL No fuí porque tuve que acompañá al hijo de doña Rosa y a su amigo.

CUR. (Mirando con intención a Rosario.) ¡Ya los he visto, ya! Estropeando como siempre el sembrao...

ROS. ¿Qué van a estropear dos hombres por cazar un rato?

CUR. ¡Dos, no! ¡Tres!

ROS. ¿Tres?

RAMÓN ¿Quién es el otro?

CUR. ¡Uno que llegó ayer!

ROS. (A Ramón.) ¿Sabes tú que haya venido algún forastero al pueblo?

RAMÓN No. Y ayer menos, porque yo estaba en la plaza cuando llegó el coche y sólo bajó Angelito Bueno... ¡Por cierto que me acerqué pa darle el pésame, por la muerte de su tía, y cuando le vi la cara, le dije: «¡Chico, salú pa gastarlo!»

(Risas.)

CUR. Pos vendría el forastero en tómóvil o en biliplano... pero vení... ha venío.

ROS. Me choca...

CUR. Más te chocarán otras cosas.

ROS. ¿El qué?

RAMÓN ¡Hable usté, hombre!

CUR. (Volviéndose rápidamente al Mochil.) Pero tú, ¿porqué no estás haciendo eso en el corral?

MOCHIL ¿Y qué más tiene el corral que aquí?

CUR. Pero, ¿no ves, peazo bruto, que no quío hablá delante de ti? (Amenazándole.) ¡Anda pa dentro, que paece mentira que seas nieto del tío Juanito el listo!

MOCHIL (Haciendo mutis por la puerta del corral.) ¡Qué tendrá que ver mi agüelo conmigo!

ROS. (A Curruca.) Cuenta lo que sea.

CUR. ¿Quién diréis que es el que está en el monte con Perico y su amigo?

ROS. (Aparte.) ¡Yo, no quiero pensarlo!

RAMÓN ¿Tú dirás?

CUR. ¡Pos... el novio de la María Cruz!

ROS. ¡Me lo figuré!
RAMÓN ¿El novio de...? } (Rápidamente y al mismo tiempo.)

CUR. (Con desprecio.) ¡Sí, un hambrón de Madrid!... ¡En Madrid tóos son vagos y hambrones!...

ROS. ¿Y a ti, quién te ha dicho?...

CUR. Yo que lo malicio...

ROS. Pregunto, ¿quién te ha dicho a ti que ese sea el novio de...?

CUR. ¡El mesmo!

ROS. ¿Cómo él mismo?

CUR. Verás. (Pausa.) Estaba yo arando con la yunta de mulas nuevas y pasaron los tres. ¡Di las güenas tardes y no me contestaron. ¡Güeno, eso no me chocó, porque cuando yo voy a Madrid doy las güenas tardes por la calle y naide me las contesta. Pero aluego, cuando dejé las mulas en la cuadra y venía pa acá, me los encuentro otra vez por junto a la Alamea.

ROS. ¿Y qué?

CUR. Que me llama Perico, y me dice: «Oye, Curruca, ¿vas pa la casa?» Digo, sí. Dice: «Pues mira, este señor te va a dar un encargo pa la María Cruz...» Yo... no dije na, y entonces el otro señor, saca una carta de una cartera mu maja, y un duro de un bolsillo de plata, y me dice: «Tenga, dele esa carta a la señorita María Cruz, y gracias... No le pesará.» Yo no sabía lo qué hacer, y fuí y... cogí la carta.

RAMÓN ¿La carta... na más? (Irónico.)

CUR. Güeno, y el duro.

ROS. Dame en seguida.

CUR. ¿El duro? (Con la mano metida en la faja.)

ROS. La carta.

CUR. Es que...

ROS. ¡Tráela! Yo se la daré a María Cruz.

RAMÓN ¿No te he dicho que no te mezcles?

ROS. ¡Es mi hermana! (A Curruca.) Dame.

CUR. Rosario, yo quiero hablar con María Cruz. Pa algo os he visto nacer.

ROS. Hablarás lo que quieras; pero luego...

CUR. No, que luego pué ser tarde, y no quiero que un hambrón de Madrid vaya a llevarse una moza como la María Cruz.

ROS. (Reprendiéndole.) ¿Otra vez? ¿Qué es eso de hambrón, Curruca? ¿Tú qué sabes? ¿Por qué hablas así?

CUR. ¡Toma! Porque en Madrid no hay más que hambrones y vagos... ya lo dije antes... Gentes que se pasa el día paseando, cuando más, leyendo o escribiendo; pero, sin traba-

jar. Allí son tóos como el secretario del Ayuntamiento, que no sabe hacer ná. ¡Tié mu güena letra; pero lo llevas a vendimiar, pongo por caso, y estropea toas las cepas!

R MÓN (Riéndose.) ¡Eso sí es verdad!

CUR. ¡Claro!

ROS. Bueno, bueno, dame la carta y vete a arreglar las caballerías en la cuadra, que no vayan, como ayer, a cocear el caballo de Perico porque no le conocen.

CUR. (Dándole la carta.) Toma... y voy pa allá. (Al hacer mutis por la puerta del corral.) ¡Miá tú, si las presonas hicián lo que hacen los animales: recibir a coces a los forasteros!

ROS. (A Ramón.) ¿Tú ves la María Cruz? ¡Está loca! ¿Mira que consentir que venga ese hombre?... ¡Voy a llamarla!

RAMÓN Pues entonces me marcho. Y no seas tonta. ¡Rosario, te repito que no te metas en ná!

ROS. Bueno, bueno. ¡Descuida!...

RAMÓN ¡Y a ver si esta noche te ocupas menos de los otros y un poquito más de tu novio!...

ROS. Es mi hermana, Ramón. ¡La quiero tanto!

RAMÓN ¿Más que a mí?

(Los dos se dirigen hacia la puerta del foro.)

ROS. (Con cariño.) ¡Es otra clase de cariño!

RAMÓN Adiós...

ESCENA III

DICHOS y DON GASPAR

GAS. (Entrando por la puerta del foro. A Ramón.) ¿Te vas?

RAMON ¿Si usté no manda otra cosa?...

GAS. Nada; gracias.

RAMÓN Pues hasta luego, don Gaspar. (Mutis. Don Gaspar entra, tira el sombrero sobre una silla. Se limpia el sudor y bebe agua al chorro de un botijo.)

ROS. (Después de ver alejarse a Ramón.) ¡Padre, no beba usted sudando!

GAS. (Indiferente.) No pasa ná... (Pausa.) ¿Y María Cruz, y tu tía? (En tono de reprensión.) ¿Cómo estábais aquí solos?

ROS. María Cruz y tía Rosa están ahí dentro con las gallinas! (Señalando a la puerta del corral.)

GAS. (A media voz.) ¡Siempre juntas!

Ros. Curruca estaba aquí con nosotros y ahora ha entrao a la cuadra.

Gas. ¡Ah! ¿Está ahí Curruca? Pos dile que suba, que le voy a dar la nota de los corderos que tién que bajar mañana de La Humbrosa.

Ros. (Dirigiéndose hacia la puerta del corral.) Voy corriendo.

Gas. (Haciendo mutis por la primera izquierda.) Arriba estoy.

ESCENA IV

ROSARIO y CURRUCA. Luego MARIA CRUZ

Ros. (Desde la puerta del corral.) ¡Curruca!... ¡Curruca!

Cur. (Dentro.) ¿Qué?...

Ros. Mi padre te llama.

Cur. ¡Voy de seguida! (Rosario vuelve y se sienta junto a la mesa, pensativa. Saliendo.) ¿No decías que llamaba el amo?

Ros. Sí; arriba te espera.

(Curruca hace mutis por la primera izquierda.)

M. Cruz (Saliendo por la segunda izquierda. A Rosario.) ¿Has dicho que estaba aquí padre?

Ros. Arriba está con Curruca.

M. Cruz ¿Y Ramón, se fué?

Ros. Sí.

M. Cruz (Ve la seriedad de su hermana y va a ella y la acaricia.) ¿Estáis de monos?

Ros. (Con sequedad.) No.

M. Cruz Me pareció.. (Transicion.) ¿Y Perico y Pepe Luque, no han venido?

Ros. Por ahi andan con un amigo que ha llegado hoy al pueblo.

M. Cruz ¿Un amigo? ¿Quién es?

Ros. (Con intención.) ¿No lo sabes tú?

M. Cruz (Con extrañeza.) ¿Yo? ¿Qué quieres decir?

Ros. De sobra me comprendes. ¡Vas a tener grandes disgustos con tus amores! Como se entere padre...

M. Cruz (Impaciente.) Pero ¿qué hablas?

Ros. ¿No sabes que tu novio está en Valdemontes?

M. Cruz (Demostrando asombro y temor.) ¿Qué está Luis en Valdemontes?... ¡Qué locura!

Ros. ¡Locura.. la tuya!

M. CRUZ ¿La mía? ¿Por qué?

ROS. ¡Porque te van a costar muchas lágrimas esas relaciones!

M. CRUZ ¡Si os lo proponéis todos puede que me cuesten! ¡Ya me ha dicho tía Rosa que padre se figura algo, y que la advirtió esta mañana que no vuelvo a Madrid! Y precisamente hoy viene él, y tú... también...

ROS. (Interrumpiéndola.) ¡Yo nunca te daré un disgusto; pero esto, María Cruz, no está bien! ¡No has debido dejar que viniera él al pueblo!

M. CRUZ ¡Yo no sabía nada!

ROS. (Con gesto de duda.) Pues a estas horas lo sabrá todo el mundo... ¡Ya ves!... ¡En Valdemontes!...

M. CRUZ ¿Quién le ha visto?

ROS. De casa, Curruca.

M. CRUZ ¿Y cómo sabe Curruca que es él?

ROS. (Sacando la carta.) Le dió esta carta para ti. Toma...

M. CRUZ (Cogiendo la carta.) ¡Qué imprudencia! (Acariciando a Rosario.) Rosario, ¿te pones tú también en contra mía?

ROS. (Señalando la carta que tiene en la mano María Cruz.) ¿Yo?... ¡Ya ves!...

M. CRUZ (Lee la carta aparte. Al terminar va a Rosario y la besa.) ¿Me perdonas?

ROS. ¿Le quieres mucho?

M. CRUZ ¡Mucho!

ROS. ¿Y él?

M. CRUZ ¡Muchísimo!... Soy... Aquí lo dice: «El primero, el único amor de su vida.»

ROS. ¿Lo crees porque lo diga?

M. CRUZ Lo creo por... porque ¡quien habla así, no miente, no puede mentir! Ven, escucha, y dime luego si debo creer que me engaña este hombre...

ROS. ¡Estás loca!

M. CRUZ ¿Loca?... Oye, oye. (Acercándose a su hermana lee en voz alta. Rosario, mientras escucha, acecha.) «Estoy en Valdemontes, María Cruz; no podía pasar un día más sin verte. En cuanto anochezca iré junto a tu ventana... Sal... Tengo que repetirte al oído que te quiero, tengo que escuchar de tu boca que me sigues queriendo más que a todos, y contra todos si fuese preciso. Estoy dispuesto a no irme

mientras no me lleve el consentimiento de tu padre. Negármelo sería más que una injusticia y que una iniquidad: sería un crimen, porque me mataría el alma. El no lo hará; pero si lo intentara, ¿verdad que tú me probarías de una vez para siempre tu cariño? ¿Del mío no puedes dudar: eres el primero y serás el único amor de mi vida. ¡Te quiero, María Cruz; porque te quiero vine, y porque te quiero sin ti no me voy!... Sin ti no me voy, al menos me lleve la seguridad de que serás mía pronto, ¡muy pronto! Que mi cariño es muy grande para aguardar mucho tiempo. ¡Créelo! ¡No lo dudes! Y si lo dudas, mírame a los ojos luego, cuando yo te mire... que las palabras pueden, algunas veces y en algunos labios, mentir cariño; pero los ojos... sean de hombre o de mujer, cuando dicen amor, no mienten nunca. Hasta luego... ¡Hasta siempre! Tu Luis.» (A Rosarío.) Dime ahora si puedo ni debo dudar de este hombre.

ROS. ¡Qué sé yo, qué sé yo! Esos de Madrid sabrán engañar tan bien...

M. CRUZ ¡Luis no me engaña!

ROS. ¡Quiera Dios que no te equivoques!

ESCENA V

DICHOS, DOÑA ROSA; luego DÁMASA. Doña Rosa sale por la izquierda con un canastillo de huevos en la mano

ROSA ¡Cansada de esperarte, he venido!

M. CRUZ Perdona. Me entretuve con Rosario...

ROSA (A Rosario.) ¿Se fué tu novio?

ROS. Ya hace rato; pero vuelve.

ROSA (Sonriendo.) Señal de que es de ley. (A María Cruz.) Hija, esto... (Sacando unos huevos del canastillo.) esto es lo único que echo de menos en Madrid... ¡Si yo pudiera tener un gallinero en mi pisito!

(Rosario y María Cruz sonríen. Doña Rosa se dirige hacia la mesa para dejar el canasto.)

ROS. Deme, deme; la chica se los llevará. (Llamando.) ¡Dámasa!

ROSA (Sentándose junto a la mesa.) ¡Ea, ahora contarme algo!

DÁM. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Llaman? (Dámasa será una criada de pueblo, fresca y guapetona, sin exageraciones en el vestir ni en la caracterización.)

ROS. Sí; llévate esto. (Por el canasto.) Ahora iré yo a guardarlos.

ROSA (Reparando en un libro que lleva Dámasa en la mano.) ¿Qué libro es ese?

DÁM. (A Rosario.) Es el catón que me dió don Hipólito.

ROS. (A doña Rosa y María Cruz.) ¡Se ha empeñao ahora en aprender a leer!

DÁM. (A doña Rosa, que ha hecho signos de agrado.) ¡Sí, señora; pa que no se rían más de las cartas de mi novio!

ROSA ¡Va a pasar mucho tiempo antes de que puedas leerlas!...

DÁM. ¡No importa! Las voy guardando cerrás, y cuando haya aprendido, las leeré toas juntas... (Risas.) ¡Ya tengo catorce! (Hace mutis por la segunda derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, DON HIPÓLITO y JOSÉ MARÍA. Luego CURRUCA

HIP. (Apareciendo en la puerta del foro con José María.) ¡Buenas e inmejorables tardes!

M. CRUZ ¡Hola, don Hipólito!

ROSA ¡Muy buenas tardes!

ROS. Pasen ustedes.

J. MAR. (Mirando fijamente a María Cruz.) ¡Salú, pa todos!

HIP. Señora: tengo una vivísima, una íntima satisfacción en estrechar su mano y rendirme a sus plantas.

ROSA Usted siempre tan gentil.

HIP. No, por Dios; no hable usted de gentilezas. De eso tienen ustedes el privilegio las mujeres de Madrid.

ROS. (A María Cruz aparte.) Don Hipólito es capaz de hacerle el amor a tía Rosa.

ROSA ¡Ja, ja, ja!... Le gustan a usted las madrileñas, ¿eh?

HIP. Me gustaron, señora, me gustaron... ¡Dichosos tiempos aquellos en que yo vendía los libros para correr a la Bombilla a cantar madrigales al oído de una morena de esas...

de esas ¡ay! que hoy creo se llaman tobilleras.

ROSA ¿Pero iba usted a la Bombilla a cantar madrigales?

HIP. O a darme seis vueltas sobre un ladrillo. ¡Todo es poesía, señora!

(Risas. Doña Rosa ríe. Rosario se acerca a doña Rosa. María Cruz queda sentada. Se aproxima a ésta José María.)

ROS. ¿Qué dice don Hipólito?

HIP. ¡Recuerdos del tiempo viejo!

ROSA Madrigales con música de organillo.

ROS. ¡Ah! ¿Usted?

HIP. Yo, hija, yo. Mal poeta, peor estudiante y gran bailarín. ¡Así me luce el pelo!

ROSA ¿Y cómo ha podido usted decidirse a vegetar aquí?

HIP. Porque a un mismo tiempo empezaron a escasearme los ingresos de mis tierras de Valdemontes... ¡era mucho gasto!, y a flaquearme las piernas. ¡Era mucho baile!

ROSA ¡Claro! ¡Y adiós poesía!

HIP. ¡Adiós para siempre! La última musa me costó un olivar y cuatro yuntas.

ROSA ¡Comprendo! Y salió usted de Madrid...

HIP. ¡Sin despedirme de nadie!

J. MAR. (A María Cruz, continuando una conversación.) Sí; no lo niegues, María Cruz, para ti los del pueblo casi no somos personas.

M. CRUZ No tanto, no tanto; hay gentes a quienes quiero...

J. MAR. Y gentes a quienes odias. De estas seré yo.

M. CRUZ Mira, José María, no tengo ganas de conversación.

(Sale Curruca, se levanta María Cruz.)

CUR. (Al hacer la pasada.) ¡Eso, eso es lo que te conviene y no hambrones! (Mutis por la puerta del corral.)

J. MAR. Pues yo tengo que decirte...

M. CRUZ ¿Qué?

J. MAR. Que sé que tienes novio.

M. CRUZ ¿Y si así fuera?...

J. MAR. Ni tu padre ni yo dejaremos que seas de ese hombre.

M. CRUZ ¿Me amenazas? ¡Bah! Eres como todos los de aquí. (Hace un gesto de desdén y va a formar grupo con doña Rosa, don Hipólito y Rosario. José María sigue paseándose nervioso.)

HIP. (Terminando de recitar unos versos.)

Y desgreñada la melena blonda
en que el placer se agita,
como la débil mariposa
al abismo, veloz, se precipita.

ROS. ¿Verdad, tía, que son preciosos?

HIP. ¡Aleluyas... cuidadas!...

ROSA Esta sobrina mía es de pueblo: pero de las auténticas.

M. CRUZ A ver, a ver, recite usted algo para mí; que yo no lo he oído.

ROS Sí. Los que hizo cuando el último pedrisco.

HIP. ¡Por Dios, Rosarito, no tienen importancia! Dicen...

Nubes que al descargar vuestros furores
sobre los tiernos campos de Castilla,
olvidáis qne los pobres labradores
están sudando el kilo con la trilla.

ROSA Muy bonitos. Los habrá usted publicado, ¿verdad?

HIP. ¡Oh, no!

ROSA ¿No? ¡Qué lástima! (Aparte.) ¡Qué lástima que este hombre esté tan loco!

M. CRUZ No: no es loco. Es que es así.

ROSA Hija, en Madrid, a los que son *así*, los atan.

HIP. (Que intenta seguir recitando la composición.)

Nubes que al abrir vuestras entrañas
y arrojar gruesas piedras...

ROSA (Espantada.) ¿Pero sigue?

HIP. ¡Oh, sí! Falta...

ROSA No, no. No falta nada.

ROS. El final es lo mejor.

HIP. ¡Oh, Rosarito!

M. CRUZ Pero, ¿qué es lo que quieres?

J. MAR. Te lo he dicho. Necesito que hablemos. Lo necesito aunque sea por última vez.

M. CRUZ Está bien. Si es por última vez... escucho. ¡Tía! ¡Rosario! (Dirigiéndose a las dos.) Necesito hablar con José María, ¿quieren ustedes dejarnos solos? ¡Perdone usted, don Hipólito!

HIP. Por Dios, María Cruz, siempre a sus órdenes. (A José María.) Muchacho, ten cuidado; que eres tú poco ducho para tratar con una mujer tan bravía.

ROSA (A María Cruz.) ¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

M. CRUZ Lo he pensado. Tengo que terminar esto de una vez.

ROSA A tu gusto. Vamos, Rosario. Don Hipólito, venga... venga el final de ese pedrisco. (*Aparte.*) ¡No dirá María Cruz que no la quiero!

ESCENA VII

MARIA CRUZ y JOSE MARIA

M. CRUZ Ya estamos solos. Habla. Procura ser breve y ten cuidado de que tus palabras no me ofendan. Acuérdate de quién soy y no olvides la casa donde estás.

J. MAR. Mira, María Cruz; así va a ser muy difícil que nos entendamos. Yo vengo en son de paz, tú me recibes en son de guerra. Yo estoy humilde y tú bravía. Te miro con amor y tú a mí con odio.

M. CRUZ ¿Odio? ¡Bah! No es para tanto.

J. MAR. Verdad. El odio dicen que está muy cerca del cariño. Peor será que me mires con indiferencia.

M. CRUZ (*Con altivez.*) De ti depende que te mire hasta con afecto.

J. MAR. ¡Eres orgullosa!

M. CRUZ Soy como me enseñó a ser mi padre. Como somos todos los de esta tierra, los de esta casa; como son los míos.

J. MAR. Yo soy de los tuyos.

M. CRUZ ¿Tú? ¡No!

J. MAR. ¡Gracias, mujer!

M. CRUZ Concluyamos, José María, no creo que fuera tu empeño en hablar a solas conmigo para censurar mi carácter. Ya lo conoces.

J. MAR. Por eso, María Cruz, porque te conozco y sé que eres buena, te hablo como te hablo, con cariño...

M. CRUZ ¿Qué sabes tú de eso?

J. MAR. ¿Que qué sé?... Ahora lloraría de rabia por no poder explicarme como esos... señoritos de Madrid, que tan otra te han vuelto... (*A una protesta de María Cruz.*) ¡Es verdad, María Cruz, es verdad! Pa mí el cariño... ¡bueno!, el amor, es recordar nuestros tiempos de chicos, cuando íbamos juntos a la escuela y yo cogía moras en los zarzales y te las daba

a ti, y no a otras chicas que las pedían. Es el primer baile en la plaza, ya de mozos, y, por fin, nuestras conversaciones en la reja... en esa misma reja... donde tantas veces me dijiste que me querías...

M. CRUZ Yo era entonces una chiquilla... ¡Quién hace caso de aquellas cosas!

J. MAR. Eres otra... otra. ¿Por qué no vuelves a la razón?

M. CRUZ ¿Acaso la he perdido?

J. MAR. ¡No sé; no sé más que yo sí que la he perdido para siempre!

M. CRUZ Yo... entonces nada sabía del mundo. ¡Encerrada en este pueblo y esta casa!... ¡Ahora eres astuto!... ¡Ahora yo sé lo que es la vida!

J. MAR. ¿Crees saberlo porque has ido dos veces a Madrid? ¡Dos veces! Y allí... ¡quién sabe con qué interés te habrán recreado los oídos!...

M. CRUZ Es mi espíritu el que se ha recreado con algo más que lo que da esta vida de aquí; no te canses, José María, mi ambiente no es éste. Aquí todo es lo mismo. ¡Todo! Vuestras palabras, vuestras finezas, vuestros halagos.

J. MAR. Pues esas palabras, esas finezas, si son iguales, son las que oyó tu madre de labios de tu padre, ¡y en esa misma reja!

M. CRUZ Mi madre era una santa, y si viviera comprendería que estoy cumpliendo mi deber al no mentirte. Eres tú, eres tú el que debes volver a la razón, José María, y ver claro, como yo lo veo, que si nos casáramos, si yo accediera a ese disparate, a ese sacrificio, sería muy desgraciada.

J. MAR. ¡María Cruz! ¡Me humillas!

M. CRUZ Ni te humillo, ni te ofendo. Soy sincera y debías agradecerlo. (José María da muestras de no poder contenerse.) Vete, José María. Ofrece ese cariño a otra muchacha del pueblo y sé feliz compartiendo con ella el corazón y las tierras...

J. MAR. ¿Qué dices? ¿Es que supones que yo te miro con mira interesada? ¡Eso no! ¿Lo oyes? ¡Eso no!

M. CRUZ Está bien.

J. MAR. No, no. No está bien. Yo te quiero a ti y me importa na de lo tuyo. No quiero na de tu

casa, te quiero a ti sola. Con tu cuerpo me basta... (Acercándose.) tu cuerpo hermoso...

M. CRUZ ¡Lo ves! Tus palabras de amor son brutales. ¡Calla, calla! Todos sois aquí iguales, ¡rudos!...

J. MAR. ¡Rudos! ¡Tienes razón! (Con vehemencia.) Y rudas serían mis manos para acariciar esa piel tan fina... (Con intención.) ¡Tal vez otras menos ásperas!..

M. CRUZ ¿Qué vas a decir? ¡Ah! ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Basta!... ¡Hemos concluído!... (Llamando.) ¡Don Hipólito!... ¡Don Hipólito!... (Hablando en la puerta yendo hacia dentro.) ¡José María se despide! (Mutis María Cruz.)

ESCENA VIII

DON GASPAR, DON HIPOLITO y JOSE MARIA

GAS. ¿Quién gritaba aquí? ¿Tú? ¿Con quién hablabas?...

J. MAR. Con nadie... Don Gaspar...

GAS. ¿Con nadie? ¡Mírame! ¡Estaba mi hija contigo!

HIP. (Saliendo.) ¿No hubo arreglo? Ya he visto a María Cruz .. (Al ver a don Gaspar, con sorpresa.) ¡Ah! Don Gaspar...

GAS. Mi señor don Hipólito...

HIP. Perdone usted... no sabía...

GAS. Yo tampoco... pero gracias a usted ya sé todo cuanto quería saber...

HIP. Yo... la verdad... yo...

J. MAR. Don Gaspar..

GAS. ¿No te marchabas?

HIP. Sí; venía yo en su busca... precisamente... solo que... que... ¿Qué, nos vamos?

GAS. Adiós, José... (Dándole la mano.)

HIP. Siempre suyo, don Gaspar.

GAS. Hasta la vista.

HIP. (Haciendo mutis con José María.) ¡Caray, qué inoportuno soy!... Y... este hombre... me quita el resuello... ¡me lo quita! (Saluda reverencioso al hacer el mutis.)

GAS. (Llamando.) ¡Rosa!... ¡Rosa!

ESCENA IX

DON GASPAR y DOÑA ROSA

ROSA (Saliendo.) ¿Estabas ahí? ¿Me llamabas?

GAS. Sí. Siéntate, Rosa. Quiero hablarte.

ROSA ¿Para lo mismo de esta mañana?

GAS. Para lo mismo y con mayor motivo. Pero antes de seguir adelante debo pedirte perdón por si te molestaron mis palabras. Yo soy del campo. Un poco brusco y no sé decir más que lo que siento. Nunca aprendí a mentir.

ROSA ¡A mí me molestó solo el que dijeras que no volverá María Cruz a Madrid.

GAS. (Con energía.) ¡Y eso lo tengo resuelto!

ROSA Pero, ¿por qué?

GAS. (Enérgico.) ¡Porque no me da la gana! (Rectificando.) Perdona; porque no quiero... ¡Vamos!, porque creo que no le conviene a mi hija.

ROSA ¿La consideras peor guardada en mi casa que en la tuya?

GAS. No; ¡eso no! ¡Igual está conmigo que contigo, pero...

ROSA ¿Entonces?

GAS. (Después de un momento de vacilación.) Mira, Rosa: si tú supieras que una banda de ladrones rondaba toas las noches tu casa, ¿qué harías?

ROSA (Echándolo a broma.) ¡Avisar a la policía!

GAS. ¡Muy gracioso! Pero yo no estoy para bromas. Tú pondrías en sitio seguro al tesoro que en tu casa tuvieras. ¡Eso mismo hago yo!

ROSA Para los ladrones a que te refieres no sirven esas precauciones.

GAS. ¡Puede ser, pero yo me creo en el deber de procurar defender lo que me quieren robar!

ROSA ¡Es que olvidas que la joya de que hablas tiene voluntad y que nadie puede por la fuerza torcerla! ¡La voluntad es libre!

GAS. ¿De modo que, si por ejemplo, tú me sorprendieras con un arma en la mano dispuesto a quitarme la vida, no lo impedirías, pensando ¡es su voluntad!?

ROSA (Despectiva.) ¡Eso no es comparación!

GAS. (Malhumorado.) ¡Lo será o no! ¡Pero... en fin de cuentas lo que yo te ruego es que me ayudes a hacer que María Cruz acabe con ese hombre!

ROSA ¡Si no sabes quién es, Gaspar!

GAS. (Con aparente tranquilidad.) Sé que es de Madrid y sé que las muchachas del pueblo, como en el pueblo han nacío, y en el pueblo se han criao, en el pueblo deben estar siempre. ¡Aunque ellas, como María Cruz, crean que es mejor la vida de la corte...! ¡La corte! ¡Hay demasiada luz en las ciudades para estas mariposas de los pueblos!

ROSA ¡Esas son palabrerías! Siempre fuiste tú muy leído y *escribido*, como dicen por aquí.

GAS. Más vale eso què no ser bruto, como nos creeis a todos por allá... ¡Pero bueno! A lo que importa. Lo que yo necesito es que María Cruz no siga en relaciones con ese hombre. Ella tiene aquí sus tierras, sus ganados...

ROSA ¡Puede arrendarlas, venderlos!

GAS. (Muy exaltado.) ¿Qué dices?... ¿Arrendar? ¿Vender? ¡Lo que fué de sus abuelos, de su madre! ¡Lo que yo he acrecentado a fuerza de sacrificios y de trabajos! (Cada vez más exaltado.) ¡No, no! ¿Pero tú crees que por el capricho de una niña, ¡capricho que a todos había de costarnos lágrimas!, dejo yo que se hunda esta casa?

ROSA (Siempre con ironía.) ¿Iba a hundirse la casa porque tu hija se casara con el hombre a quien quiere? (Cambiando de tono.) ¡Lo que ocurre es que para vosotros no hay más pensamiento que el de la fanega de grano, el de la pareja de mulas y el de la arroba de mosto! Igual os da que el novio de vuestra hija sea guapo o feo, joven o viejo, que se quieran o no. Lo que importa es que tenga muchas tierras y muchas yuntas con que ararlas.

GAS. ¡Y que sea un hombre honrao!

ROSA ¿Y de esos no hay en Madrid?

GAS. Sí, los habrá; los hay, seguramente, cómo he de negar yo que los haya, pero yo no los conozco pa distinguirlos, y de este de María Cruz... por lo menos ya sé que es un osao.

ROSA ¿Osado? ¿Por qué?

GAS. ¿Te parece poca osadía el venir a Valdemontes? Porque tú, como ella y como yo, sabes que está aquí. Lo que ignoras e ignora ella, porque eso lo sé yo solo, es cómo va a salir del pueblo.

ROSA ¡Qué barbaridad!.. Perdona.

GAS. ¡Perdonada! Estamos en paz. Y te repito una y mil veces que no quiero que mi hija sea de ese hombre...

ROSA Lo que es si ella quiere...

GAS. Mira... Con ese *retintín* que tú acostumbras, me has dicho antes que yo era «muy leído y muy escribido.» ¡Es verdad!, siempre fuí aficionao a la lectura y en mi vida he leído mucha prosa... ¡y pocos versos!... pero unos se me quedaron impresos... grabaos... no sé si aquí o aquí... (Señalando cabeza y corazón simultáneamente.) ¡Tampoco sé de quién eran! De un hombre honrao, desde luego. Hablaba un mozo de campo, un zagal, que temiendo le quitase un señorito—¡como ese! —la moza a quien quería... dijo:

«Estas rosas coloradas
no son para los señores...
Pero si en ello porfía,
por ladrón de mi destino,
¡le mato!... si pisa un día
la raya de la Alquería
de Carrascal del Camino...» (*)

(Pausa.)

ROSA ¡No entiendo!

GAS. ¿No? Pues que le adviertas a ese... señor, que ¡ay de él si vuelve a pisar otro día la raya donde empieza Valdemontes!...

ROSA ¡Jesús! No temas, que no vendrá...

GAS. No volverá... porque te repito que los tres sabemos que está aquí. Por lo mismo te ruego... te suplico... que hagas tú lo que puedas—y lo que puedes no es poco—pa evitarme el trabajo de arrojar de mi sembrao a ese pájaro de mal agüero.

(Dámasa sale sigilosamente y dando pruebas de temor pasa sin que la vean y sale por la puerta del foro.)

(*) Estos versos son del ilustre poeta castellano Gabriel y Galán.

ROSA — Hablaré, sí, con tu hija, pero no para aconsejarla que vaya en contra de su corazón. La advertiré de lo que tú estás dispuesto a hacer si no se casa con un hombre (*Marcando mucho la frase.*) ¡que te convenga!

GAS. — (*Reprimiendo un movimiento de cólera.*) ¡Eres mujer... y estás en mi casa! (*Hace un gesto despectivo y se dirige hacia la primera izquierda y empieza a subir la escalera.*)

ROSA — ¡Por poco tiempo y para no volver!

GAS. — (*Desde la puerta.*) Como tú quieras... Esas puertas están siempre de par en par para entrar y salir por ellas... (*Llamando.*) ¡Curruca! (*Mutis.*)

ROSA — ¡Pobre María Cruz! ¡Pobre niña! (*Se sienta de nuevo ante la mesa.*)

ESCENA X

DOÑA ROSA y CURRUCA, saliendo por la puerta del corral

CUR. — ¿Llamaba el amo?

ROSA — (*Con acritud.*) Creo que sí.

CUR. — ¡De mal humor me ha llamao!

ROSA — (*Extrañada.*) ¿Lo ha adivinado usted?

CUR. — (*Andando con calma hacia la escalera.*) ¡Miá tú, si no le conociera, después de llevar en la casa más años... (*Con intención.*) más años que tiene usté!

ROSA — (*Levantándose malhumorada.*) ¿Usted qué sabe los años que yo tengo?

CUR. — De cincuenta de seguro pasan.

ROSA — (*Dirigiéndose hacia la primera,*) ¡Pues está usted equivocado!

CUR. — (*Socarronamente.*) ¿Tié usté más?...

ROSA — (*Haciendo mutis.*) ¡Qué bruto!

GAS. — (*Desde dentro.*) ¡Curruca!

CUR. — (*Siempre con calma.*) ¡Va, mi amo! (*Mientras hace el mutis.*) ¡Lo que son las cosas: nuestras mujeres mientras más años tienen, con más orgullo lo dicen, y estas otras paece como si las diera rabia vivir mucho tiempo! (*Mutis.*)

ESCENA XI

DAMASA, luego LUIS y MARIA CRUZ

DÁM. (Entrando de la calle muy asustada, por miedo que la vean.) ¡Si me pescan, si me pescan!... ¡No lo cuento... no lo cuento! (Va hacia la escalera, sube unos escalones y mira.) Está hablando con Curruca. (Baja. Se le cae un dinero que lleva en la mano y se tira al suelo cómicamente para cogerlo.) ¡Ay, mi madre! (Va corriendo hacia la segunda derecha llamando a María Cruz.) ¡Señorita María, señorita María!
(Aparece tras la reja Luis. Sale María Cruz.)

M. CRUZ (A Dámasa.) ¿Qué quieres, mujer, qué quieres?

DÁM. (Temblorosa.) El señorito de Madrid.

M. CRUZ ¿Qué?

DÁM. Que me ha dao... que me ha dicho que va a venir en seguía, que salga usted...

LUIS (Desde la reja.) ¡María Cruz!

M. CRUZ (Con sobresalto.) ¿Eh?

DÁM. (Poniéndose de rodillas ante María Cruz.) ¡Que no se entere el amo, que me mata!

M. CRUZ ¡Quita! ¡Vete!

DÁM. (Haciendo rapidísimo mutis.) ¡Ay, mi madre!

M. CRUZ (A Luis.) ¡Luis!

LUIS ¡María Cruz!

M. CRUZ ¿Por qué has venido? Vete por Dios, Luis, vete.

LUIS ¡María Cruz! ¿Que me vaya?

M. CRUZ ¡Sí, vete; te lo ruego! ¡Estoy temblando!

LUIS ¿Por qué?... ¿No has recibido mi carta?

M. CRUZ ¡Sí! ¡Pero hiciste mal en venir y en enviármela! ¡Se ha enterado hasta mi padre!

LUIS ¡Me alegro; así me ahorra el trabajo de decírselo!

M. CRUZ ¡Es mejor que te vayas, que me escribas desde Madrid! ¡Mi padre está furioso!

LUIS ¿Pero por qué?

M. CRUZ ¡Ya te lo dije!

LUIS ¡Yo procuraré convencerle!

M. CRUZ ¡Todo será inútil!
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA XII

DICHOS, DON GASPAR y CURRUCA

GAS. (Apareciendo en el quicio de la puerta primera izquierda. A Curraca.) ¿De modo que si le ves le conoces?

CUR. ¡Como si fuá una mula de la casa!

GAS. (Al observar el grupo que forman Maria Cruz y Luis, retrocede contrariadísimo y se esconde.) ¡Quieto, Curruca! (Don Gaspar y Curruca quedan en el tercer escalón, de modo que no se les vea desde la ventana.)

LUIS (A María Cruz.) ¿Pero no sabe quién soy?

M. CRUZ Sí.

LUIS (Con dignidad.) ¡Pues pronto sabrá también lo que te quiero y cómo te quiero!

M. CRUZ ¿De veras me quieres?

LUIS ¡Con toda mi alma!

M. CRUZ ¡Entonces confía en mí! ¡Vuelve a Madrid! Yo te prometo que primero suplicaré, procuraré que cedan. (Con energía.) Lucharé contra mi padre y contra todos, y cuando los haya convencido de quién eres, del cariño que nos tenemos, te llamaré.

LUIS (Desconfiando.) ¿Y si nada consigues?

M. CRUZ (Con resolución.) ¡Si nada consigo... te llamaré también!

LUIS (Aceptando.) ¿Me lo juras?

M. CRUZ ¡Te lo juro!

LUIS ¿Por qué?

M. CRUZ ¡Por tu cariño! Y ahora vete.

LUIS ¡María Cruz! (Se oye un beso.)

CUR. (Aparte.) ¡Sinvergüenza! (Amenazador, en voz baja.) Ahora verás.

GAS. (A Curruca.) ¡Quieto!

(Don Gaspar con decisión, comienza a bajar los escalones seguido de Curruca. María Cruz al oir los pasos vuelve la cabeza hacia la escalera mientras que se oculta Luis.)

M. CRUZ (Aterrada.) ¡Padre!

GAS. (Con gravedad y un poco emocionado.) Dí a ese hombre que en este pueblo no se roban besos por las rejas. ¡Que desde mañana puede entrar por esa puerta!

M. CRUZ (Intentando abrazar a su padre.) ¡Padre!

GAS. (Apartándola severamente.) ¡No! (Con entereza y emoción.) Y si alguna vez lejos de nosotros echas de menos el pueblo donde naciste y la casa donde te criaste, no olvides que con todas las fuerzas de mi alma, quise impedir que pudieras ser desgraciada, que mientras yo ponía los medios para evitar que entrase aquí ese ladrón...

M. CRUZ ¡Ladrón, no; eso no, padre!

GAS. Sí. ¡Y basta! Vé adentro... con tu hermana. (Hace mutis María Cruz.) Tú, Curruca, dí a ese hombre que pase.

CUR. (Extrañado.) ¿Eh?

GAS. (Autoritario.) ¡Que llames a ese hombre!

CUR. (Va hacia la puerta y con la voz y el ademán llama a Luis, a quien no se verá.) ¡Eh!... Sí, a usté... ¡Sí, que venga! (Luis aparece en la puerta con aire natural y digno. Curruca al hacer mutis y con gesto amenazador dice al pasar por detrás de Luis.) ¡Si me valiera!...

GAS. ¡Arriba, Curruca! (Amenazador. Hace transición y dirigiéndose a Luis con mucha autoridad.) Pase usted. (Pausa.) Siéntese... y escuche...

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete-despacho amueblado con buen gusto. Primer término derecha, una mesa para escribir; en segundo término, puerta practicable; primer termino izquierda, ctra puerta también practicable, y en segundo término, una chimenea encendida y sobre ella un reloj, que dejará oir seis campanadas mientras el telón se levanta. Al fondo izquierda, un mirador, y a la derecha una biblioteca. Esparcidos por la escena, sillones, sillas, etc.

Al comenzar el acto, la escena está alumbrada solamente por un aparato eléctrico que habrá sobre una mesita, y libros junto a la chimenea. Es invierno. En Madrid.

ESCENA PRIMERA

MARIA CRUZ. Después EMILIA. Maria Cruz sentada al lado de la mesita. Abandonada sobre sus rodillas, tendrá una revista. Después de unos segundos de silencio, suena el timbre de la puerta

M. CRUZ — (Con ligero sobresalto.) ¿Eh? ¿Será ya? (Mirando el reloj.) ¡No, no; aún no es hora!

EMILIA — (Entrando precipitadamente.) ¡Dirás que estoy loca salir con esta tarde!

(Emilia vestirá elegantemente, viéndose que es una mujer de sociedad, desenvuelta.)

M. CRUZ — ¡Emilia!

EMILIA — (Dándola un beso.) ¿Cómo estás, hija?

M. CRUZ — Bien. ¡Cuánto me alegro de verte! Hace un momento pensaba en ti.

EMILIA — ¿Me echas de menos cuando no vengo?

M. CRUZ — ¿Cómo no? ¡Si eres mi única amiga!

EMILIA — Pues, chica, vengo un momento, y he salido porque no puedo parar en casa.

M. CRUZ ¿Y eso?

EMILIA Nada, que a mi marido no hay quien lo mueva de allí. (Con cómica exageración.) ¡No puedo más!

M. CRUZ ¡Cualquiera que te oyese!...

EMILIA Quien me oyera, no sé lo que diría; pero si además de oirme viese como vivo, me daría la razón, ¡no te quepa duda! (Transición.) Bueno, ¿está Luis?

M. CRUZ No, pero no creo que tarde.

EMILIA ¡Qué suerte tienes!

M. CRUZ ¡Por Dios, Emilia!

EMILIA ¡Sí, hija, una suerte brutal! (Cómicamente.) Pues no es nada, tener por marido a un hombre que se pasa el día en la calle y las noches en el despacho. ¡Eso es lo natural! Lo mío es lo estupendo. ¡Lo irresistible! Estar casada con un hombre que desde hace algún tiempo está todo el día en casa, y que para descansar de él, tengo yo que ser la que me pase las noches en el despacho.

M. CRUZ ¡Antonio es un modelo!

EMILIA ¡Un modelo de pelmazos!

M. CRUZ No comprendo cómo queriéndole dices eso.

EMILIA Hija, ¡es que hay que ver! Un día y otro sin dejar de verle un minuto, sin oirle más que un tono de voz, muy cariñoso, ¡pero siempre el mismo!

M. CRUZ ¡Vamos, que te fastidia que Antonio no se incomode nunca!

EMILIA Tal vez sea eso. Es tan dulce, tan dulce, que ha llegado a empalagarme. ¡Es el quinto merengue! Estoy cansada de la monotonía de mi vida.

M. CRUZ Pues si tu vida te resulta monótona, ¿cómo soportarías mi soledad?

EMILIA (Con cómico énfasis.) ¡Ah, eso no! Ya lo dijo mi poeta: ¡Es más espantosa todavía la soledad de dos en compañía!

M. CRUZ Si eso dijo, fué que no supo lo que era un cariño verdadero.

EMILIA Te advierto que mi poeta amó mucho.

M. CRUZ (Siempre con naturalidad.) O muchas veces, que no es lo mismo.

EMILIA (Riendo.) Lo mismo, no. (Con intención.) Es mejor.

M. CRUZ (Sonriendo.) ¡Qué cosas dices! Solamente tú puedes hacerme reir esta tarde.

EMILIA ¿Pues qué, te pasa algo?

M. CRUZ ¿No me lo has notado, verdad? Señal de que voy aprendiendo a fingir.

EMILIA Te diré... Cuando entré me pareció que estabas triste, pero con la poca luz no te ví bien la cara, y con el egoísmo de mis preocupaciones no he tenido la caridad de hablarte de tu tristeza.

M. CRUZ Has hecho bien.

EMILIA (Cariñosamente.) No; hice mal. Perdona y cuéntame, ¿ocurre algo nuevo?

M. CRUZ Sí. (Pausa.) ¡Mi padre llega hoy!

EMILIA (Con extrañeza.) ¿Tu padre?... ¿Y ese viaje está relacionado con lo que me contaste?

M. CRUZ (Con preocupación.) Naturalmente. Ha recibido la carta en la que le comunicaba la decisión de Luis, nuestra decisión de vender La Humbrosa, y...

EMILIA ¡No te apures!

M. CRUZ ¡No lo puedo remediar! Tengo pena y tengo miedo. (Pausa.)

EMILIA ¿No me dijiste que de esa venta hablarías con tu padre cuando fueses a Valdemontes?

M. CRUZ Sí, pero no me he atrevido. He preferido escribir, y cuando hoy esperaba su carta, una carta que no tendría que leer para saber lo que diría, recibo este telegrama. (Entregando a Emilia un telegrama que habrá sobre la mesita.)

EMILIA (Leyendo.) «No hagáis nada. Eso no puede ser. Llego esta noche. Tu padre». (Devolviéndole el telegrama a María Cruz.) ¿Y Luis, qué ha dicho?

M. CRUZ No lo sabe. Cuando lo recibí acababa de marcharse, no ha almorzado en casa. Le he mandado una carta al Congreso y espero que llegue de un momento a otro.

EMILIA Ay, hija mía, pues entonces me voy.

M. CRUZ No. ¿Por qué?

EMILIA Porque sospecho que vas a tener una escenita con Luis, y no quiero presenciarla, ¡me daría una envidia horrible!

M. CRUZ ¿Qué dices?

EMILIA Lo que oyes. Sufriría de envidia. Como que estoy deseando que Antonio se indigne alguna vez. En fin, con decirte que a veces cuando sueño con un día feliz pienso en uno, en que rompiéramos toda la vajilla de casa.

M. CRUZ ¡Qué loca estás!

EMILIA No, todavía no; pero si esto se prolonga me volveré. ¡Es seguro! (Pausa.) ¿Pero qué te pasa, mujer? No te pongas así. ¡Parece mentira que le dés esa importancia a tener un disgusto con tu marido! ¡El hombre mejor no vale una lágrima nuestra!

M. CRUZ No es eso. Es que no soy feliz.

EMILIA Porque no te lo propones. ¡Ay, si yo tuviera un marido como el tuyo! Si no te viera con esa cara, era capaz de proponerte el cambio.

M. CRUZ ¡Qué cosas dices! Contigo no hay más remedio que reirse. ¡Qué bien has hecho en venir esta tarde!

EMILIA Pues hija, tengo que irme ahora mismo.

M. CRUZ No, Emilia, no; estoy aterrada, no te vayas.

EMILIA Vamos... no seas chiquilla... Luis sabrá hacerse cargo... ya le conoces... es decir... creo que no le conoces.

M, CRUZ (Extrañada.) ¿Por qué?

EMILIA ¡Ya hablaremos! ¡Ahora tengo que marcharme, pero volveré dentro de un momento; (Cómicamente y con intención.) ¡a pesar de que va a venir mi marido!

M. CRUZ (Con tono de indulgencia.) ¡No sabes lo que dices!

EMILIA (Con solemnidad cómica.) ¡En esta ocasión me he dado perfecta cuenta de mis palabras!... (Mirando el reloj.) ¡Uy! ¡Es tardísimo, no puedo detenerme! Me quedan muy pocos minutos de *libertad provisional* y los tengo que aprovechar para hacer unas compras. (Levantándose.) Hasta luego, pues, que vendré a buscar a *mi adorado tormento*!

M. CRUZ (Suplicante.) ¡Ven pronto!

EMILIA ¡En seguida! (Se besan.) ¡Hasta ahora! (Medio mutis.)

ESCENA II

DICHAS y LUIS

LUIS (Entrando por la derecha con el abrigo y el sombrero puestos.) ¡Hola, Emilia!

EMILIA ¡Hola, Luis! ¡Chico, parece que estamos reñidos! Cuando llegas tú, me marcho yo.

LUIS (Sonriente.) ¿Pero no será por eso?

EMILIA ¡No, por Dios! Vuelvo. Estoy aquí citada con Antonio y tengo antes que comprar unas cosillas.

LUIS Entonces no te detengo...

EMILIA Adiós, María Cruz. Adiós, Luis. (Hace mutis por la derecha.)

LOS DOS ¡Adiós!

LUIS (Toca el timbre. Se quita el gabán y el sombrero que entrega a la doncella. Todo pausadamente. A María Cruz, con indiferencia.) ¿Qué hay?... ¿Ha venido alguien?

M. CRUZ No, nadie.

LUIS (Tarareando una canción. Se dirige a la biblioteca, de donde coge un libro.) ¿Cómo estás a obscuras? ¡Enciende!... Pues chica, en el Congreso se ha levantado la sesión por falta de número! ¡Es una vergüenza esa mayoría! (Se sienta ante la mesa de despacho y comienza indiferente a hojear el libro que tomó en la biblioteca.)

M. CRUZ (Se sienta en un sillón enfrente de la mesa. Después de una pausa.) ¡Luis!...

LUIS (Displicente.) ¿Qué hay?

M. CRUZ ¿No has recibido una carta mía?

LUIS (Cayendo en la cuenta de que ni la ha abierto.) ¡Ah, sí, perdona! (Sacando la carta cerrada de un bolsillo.) ¡Aquí está! Me la dieron cuando salía. ¿Ocurre algo?

M. CRUZ (Con acento de amargura.) Si algo ocurriera, por la carta mal te habrías enterado.

LUIS (Excusándose.) ¡Mujer... ya te he dicho... pero, bueno... ¿qué pasa?

M. CRUZ ¡Que necesitaba hablarte!

LUIS (Extrañado.) ¿Hablarme? ¿De qué?

M. CRUZ He tenido noticias de mi casa...

LUIS ¡Ah! ¡Vamos! (Pausa.) ¿Y qué te dicen?

M. CRUZ (Entregándole el telegrama.) ¡Lee!

LUIS (Después de leerlo mira receloso a su mujer y con sonrisa irónica.) ¡Je! ¡Ya, ya!...

M. CRUZ (Extrañada.) ¿Qué?

LUIS (Sin alterarse.) Pero, ¿es que crees que a la vez tuya, vine yo de un pueblo?

M. CRUZ ¡No te entiendo!

LUIS (Irónico.) ¿No me entiendes?

M. CRUZ No.

LUIS Pues lo siento. Yo, en cambio, sí comprendo lo que significa esto. (Señalando el telegrama.)

M. CRUZ ¿Qué quieres decir?

Luis (Siempre con frialdad.) ¡Que no creo que tu padre se haya decidido por sí a venir a Madrid, sino que has sido tú quien le ha dicho que venga, para impedir la venta de La Humbrosa!

M. Cruz ¡Jesús!... ¡Te juro!...

Luis (Siempre con gran calma.) ¡No jures! Yo sé que lo primero para ti es conservar aquello. Lo demás. incluso nuestra posición, es cosa secundaria.

M. Cruz Pero, ¿pretendo yo acaso?...

Luis ¡María Cruz... eres lugareña y como buena lugareña... egoísta!

M. Cruz (Ofendida) ¡Luis!

Luis ¡No te exaltes! ¡Es natural!... Lo que a ti te pasa, debí yo figurármelo. Es lo que les sucede a todas las mujeres como tú... os casais con uno .. ¡con uno como yo!, no sé por qué... por cariño sin duda; enamoradas tal vez... pero ocurre que, cuando llega en vuestra vida un momento como este de la nuestra en que el hombre necesita imponer un sacrificio, porque imponerlo es su deber, porque la ayuda que busca no es para mejorar la vida de él solo, sino la de los dos, la de todos, entonces no tenéis otra idea que la de defender el pedazo de tierra: más quizá que por la tierra misma por las habladurías de las gentes del pueblo.

M. Cruz ¡No creí nunca que te oiría hablar así!

Luis Nada te he dicho que pudiera ofenderte.

M. Cruz Me has llamado egoísta y eso es una injusticia y una ingratitud!

Luis Pero egoísta... ¿cómo te diré?... con un egoísmo que no es fruto de tu voluntad, que es hasta disculpable, porque no nació en tu alma... viniste al mundo con él. No es tuyo, es... de aquellas gentes, es... ¡hereditario!

M. Cruz ¡Pero si estás equivocado! Si mientras más hablas, más me ofendes. Si yo no he llamado a mi padre. La carta que tú dictastes, ¿no fué la que salió?... Y, no te niego que me apena mucho, ¡mucho!, que «La Humbrosa», se venda; pero... ¡me he resignado!

Luis (Siempre amable, pero con algún dejo de ironía.) Perdóname que me haya permitido poner los ojos en aquello para hacer frente a gastos que tú conoces.

M. Cruz ¿Me has oído alguna palabra de reproche?

Luis ¡Ni de aprobación!

M. Cruz ¿Qué quieres? No puedo alegrarme de que se venda lo de Valdemontes! ¡No puedo ser indiferente a los disgustos de mi padre!

Luis (Despectivamente.) ¡Tu padre! ¡Tu padre!... Es que él, como tus hermanos, como el pueblo entero, debía saber por ti, que ese dinero, lo tomo yo, no para emplearlo caprichosamente, sino para ayudar a los gastos que ocasiona la conquista de una posición de la que... (Con intención.) ¡no seré yo sólo el que disfrute!

M. Cruz ¡Hasta ahora, poco he disfrutado yo de tu vida! Pero no siento eso. Lo que me apena, es que no me dijeras, al casarnos, que la felicidad nuestra, ¡la tuya!, habría de basarse en la desgracia de mi padre!

Luis (Despectivo.) Si tu padre no entendiese el cariño de modo tan... tan especial, sería para él un orgullo tener una hija casada como lo estás tú!

M. Cruz (Con triste ironía.) ¡Vamos! Que con tal de tenerte a ti por yerno, ha debido renunciar a su hacienda, a cuanto constituye su vida. (Transición.) ¡No; tú no puedes pretender que mi padre vea con gusto desmoronarse su casa, para que los escombros de ella te sirvan a ti de pedestal.

Luis ¡Eres tú ahora quién ofendes! (Rectificándose.) ¡Digo, no! (Con desdén.) No me ofendes. La culpa es mía, por haber pensado, cuando nos casamos, que te unías a mí sólo por amor.

M. Cruz (Con exaltación.) ¿Y no fué por amor?

Luis ¡No! ¡O no sabes lo que es eso!

M. Cruz (Irónica.) ¿Y tú, sí?

Luis ¡Yo! ¡Sí!... Amor, es sacrificio; amor, es no desear otra cosa que el engrandecimiento de lo amado; es no creer nada tan perfecto como aquello que se ama... ¡es vivir la vida, por la vida de quien se quiere!

M. Cruz ¿Y ese amor es el que tú sentías, el que has sentido y sientes por mí?

Luis (Algo turbado.) Yo, sí.

M. Cruz (Con arrogancia.) ¿Tú? ¡No! ¡Tú, como la mayoría de los hombres, piensas, sí, que el amor debe ser sacrificio; pero siendo nos-

otras las que nos sacrifiquemos, ¿vosotros?' ¡nunca! ¿Y dices que te has equivocado? ¡Yo también, Luis!

LUIS (Extrañado.) ¿Tú?

M. CRUZ ¡Sí; yo que al suponer que me querías, sólo por mí pensé también que respetarías lo que ahora llamas egoísmos de mi padre! ¡Si cuando aquella noche, en Valdemontes, hablaste con él, te hubieras expresado como hoy lo has hecho conmigo, no pensaría yo ahora lo que pienso.

LUIS (Sin perder la calma.) ¿Y qué piensas?

M. CRUZ (Con dignidad.) He dicho lo que pienso, no he dicho lo que digo.

LUIS (Con menos calma.) ¿Y te crees con derecho a pensar lo que no puedes decir?

M. CRUZ (Con amarga ironía.) Lo que no quiero decir; que callando, me sacrifico! ¡Ya ves, cómo yo sé, que amor es sacrificio!

LUIS ¿Vas a burlarte?

M. CRUZ ¡Voy a no ofenderte!

LUIS ¿Es que hablando me ofenderías? Pues habla; ¡te lo exijo!

M. CRUZ (Dignamente.) ¡No es preciso que exijas, basta que quieras! (Pausa.) Disgustos, contrariedades, la pena que me produce la venta de La Humbrosa, hasta el enojo de mi padre, ¡todo! ¡todo quizá!, lo soportaría con resignación si no comprendiera que para hacer lo que haces no te impulsa otro móvil que tu deseo de triunfar por ti, pero que a mí... (Con pena.) de la vida, no me reservas más que las amarguras. (Se tapa los ojos con las manos.)

LUIS ¿Vas a llorar?... mira, María Cruz, que conozco el sistema... Si es que quieres que yo, en un arranque de mi dignidad ofendida te diga que La Humbrosa no se vende... te lo diré... ¡dalo ya por dicho!

M. CRUZ ¡Estás engañado! ¡La Humbrosa! se venderá y se venderá cuanto tengo en Valdemontes, pero de una vez... (Con resolución.) ¡Es más práctico! Después... tú, a seguir tu vida y yo la mía. Tú a seguir pensando que amor es sacrificio y yo, a seguir poniendo en práctica ese pensamiento!

LUIS (En tono más bien cariñoso.) Sin duda, María Cruz, no sé explicarme. Ya te he dicho que

yo no aspiro a nada por mí sólo; yo lo pretendo todo por los dos...

M. CRUZ (Con pena y dignidad.) ¡Calla, calla!

LUIS ¡Lloras porque no me comprendes!

M. CRUZ ¡Lloro... porque te comprendo!... (Levantándose. Dirigiéndose hacia la puerta primera izquierda.) ¡Ya te he dicho que se venderá todo! (Con voz entrecortada por el llanto, y al hacer mutis poniendo intención en la frase.) ¡Las mujeres de aquel pueblo no tenemos más que una palabra!

ESCENA III

LUIS, luego DOÑA ROSA

LUIS ¡María Cruz! (Transición rápida.) ¡¡Bah! ¡Tenía que suceder! (Se sienta ante la mesa y a poco recobra su habitual indiferencia. Comienza a ordenar sus papeles.)

ROSA (Desdé dentro.) No me anuncie; no hace falta. (Luis al oirla hace un gesto de contrariedad. Entrando.) ¡Hola, sobrino!

LUIS (Secamente.) ¡Buenas noches, tía!

ROSA ¡Chico, qué solo estás! ¿Y María Cruz?

LUIS (Idem) ¡Por ahí dentro anda!

ROSA Qué, ¿no sales hoy?

LUIS ¡No!

ROSE ¿Tienes que trabajar?

LUIS ¡Sí!

ROSA (Comprendiendo que ocurre algo. Irónicamente.) Pues haces bien, porque parece que está la noche tormentosa.

LUIS (Sin hacer gran caso.) Sí...

ROSA (Con intención.) ¡Y eso que por aquí, ha debido ya descargar la nube! (Pausa larga.) ¡Vaya por Dios!... ¿Te has peleado con María Cruz? (Luis sigue callando. Pausa.) ¡Qué muchachos! ¡Tan felices como podíais ser!

LUIS ¡No es mía la culpa! Lo que ocurre es...

ROSA ¡Lo que ocurre es que... ¡vamos!... que acaso eres tú demasiado madrileño y quizá sea María Cruz demasiado lugareña!

LUIS Puede ser...

ROSA (En tono cariñoso.) ¡Es así! Mientras que para ti no hay vida posible sin tus amigos y tus

diversiones, para ella, la única felicidad sería estar siempre a tu lado.

LUIS ¡Vamos; un idilio pastoril!

ROSA Idilio que tú aceptastes al casarte. ¡La pobre sufre la pena de tu desvío, que es la pena de los celos!

LUIS Pues ya ve usted: no ha sido por celos nuestro disgusto, sino por algo más desagradable.

ROSA ¿Por qué?

LUIS Por cuestión de intereses.

ROSA ¡Eso es más grave!

LUIS Todo ha sido por lo de la venta de La Humbrosa.

ROSA ¡Ah! ¡Entonces lo comprendo!

LUIS ¿Lo juzga usted tambián un disparate?

ROSA ¡No! Ya conoces mi manera de pensar respecto a aquello y mis simpatías por los paletos, pero no dejo de explicarme que ellos no piensen como nosotros y... no sé... no sé... lo que hará mi cuñado...

LUIS De eso se trata. ¡El padre de María Cruz, viene esta noche!

ROSA (Movimiento cómico de terror.) ¿Que Gaspar viene esta noche? ¡Horror! ¡Ya decía yo que se acercaba una tormenta!... (Transición.) ¿Y qué pensáis hacer?

LUIS Yo no puedo hacer ya nada... Es tarde...

ROSA ¡Jesús! Pues Gaspar se opondrá.

LUIS (Enérgico.) ¿Y quién es él, para oponerse?

ROSA ¡El padre de María Cruz!

LUIS ¿Y no soy yo su marido?

ROSA (Cariñosamente.) Mira, Luis; creo que debes reflexionar. Ya sabes que en mí, has tenido siempre tu mejor defensor, pero, esto que intentas hacer...

LUIS (Con alguna vehemencia.) ¡Esto que intento hacer, es preciso, es necesario.

ROSA Pero... ¿y si Gaspar?...

LUIS (Altanero.) ¡No es quién para impedir que dispongamos de lo nuestro!

ROSA ¡Pobre María Cruz!

LUIS ¿Por qué?

ROSA ¡Porque entre todos hemos labrado su desgracia!

LUIS Esto que usted llama desgracia de hoy, puede ser y será la felicidad de mañana.

ESCENA IV

DICHOS, una DONCELLA y ANTONIO

DONC. (Apareciendo por la primera derecha.) Señor; el señorito Antonio.

LUIS Que pase. (La doncella hace mutis.)

ROSA ¿Quién es?

LUIS El marido de Emilia.

ROSA ¡Ah, ya!

ANT. (Entrando por la primera derecha. Antonio viste con elegancia y su aspecto es simpático y distinguido. Saludando a Luis.) ¡Querido Luis!

LUIS ¡Hola, Antonio! ¿Cómo estás? (Refiriéndose a doña Rosa.) A tía Rosa ya la conoces, ¿verdad?

ANT. Tengo ese gusto. (Saludándola.) Señora, ¿cómo va?

ROSA Perfectamente. ¿Y Emilia?

ANT. No debe tardar. Estamos citados aquí. (A Luis.) ¿Y tu mujer?

LUIS Bien; por ahí dentro anda.

ROSA Voy a avisarla...

ANT. ¡No, por Dios, no la molestes! Estará ocupada.

ROSA Yo, aún no la he visto. Acabo de entrar... Voy a darla un beso. Hasta ahora.

ANT. A los piés de usted. (Doña Rosa hace mutis por la primera izquierda. Antonio a Luis.) Qué, ¿se trabaja mucho?

LUIS Ya ves, con las Cortes abiertas... (Se sienta cada uno en un sillón junto a la chimenea.)

ANT. (Sonriente.) Pero chico, ¿es que ahora tenéis algo que hacer los diputados de la mayoría?

LUIS ¡Hombre, el acta siempre obliga!

ANT. (Irónico.) Será cosa nueva, porque hasta ayer no obligaba más que a decir «sí» o «no» un par de veces al mes y... ¡ese trabajo no creo que abrume!

LUIS Hay algo más que hacer.

ANT. Sí... lucir elegantes chaquets en el hemiciclo, hacer excursiones en ferrocarril con el carnet de libre circulación.

LUIS ¡Yo no soy de esos!

ANT. ¡Por Dios! Porque no lo eres hablo yo de este modo.

LUIS Bueno... ahora en serio, ¿tú dónde te metes? ¿qué haces?

ANT. Pues... ¡nada!

LUIS ¿En algo emplearás los días?

ANT. (Con gracejo.) ¿Los días? ¡se los dedico a mi mujer!

LUIS ¿Y las noches?

ANT. (Pausa. Vacilación.) ¿Las noches? ¡también!

LUIS (Sonriente.) ¡No te conozco! ¿Tú antes, tan mujeriego, recluído ahora en tu casita?

ANT. ¡Las cosas!...

LUIS Te advierto que eso también tiene sus inconvenientes; las mujeres se cansan y acaban por...

ANT. (Con viveza.) ¿Por ser ellas las que se van a la calle? ¡Ya lo sé!

LUIS ¡Ah! ¿y no te importa que tu mujer?...

ANT. ¡Encantado, hombre, encantado!

LUIS (Con asombro.) ¿Eh?

ANT. (Mirando cómicamente a todos lados y como si fuera a revelar un misterio.) ¡Cállate!

LUIS (Remedando la actitud.) Pero, ¿qué vas a decir?

ANT. Escucha, Luis. Para ti no tengo secretos... (Pausa.) Verás... Hace unos meses, se mudó al principal de casa una viudita que... (Con picardía.) ¡Vamos, no quieras saber!... Una mujer... *¡brutal!* ¡Al verla comprendí que yo acabaría haciendo alguna *burrada.* (Pausa.) Empezó el *flirt*; pero como la aventura era peligrosa viviendo ambos en la misma casa, me dije: ¡Esto tiene que ser cuestión de paciencia y de táctica! ¿Comprendes?

LUIS ¡Sigue, sigue!

ANT. Con objeto de que mi mujer, nada sospechase adopté con ella, una melosidad... ¡vamos!... verdaderamente abrumadora! ¡Al poco tiempo, el plan empezó a dar sus resultados. Emilia comenzó a salir un ratito al día y acabó saliendo a todas horas y con cualquier pretexto, dejándome a mí el campo libre! (Gesto de satisfacción.)

LUIS ¡Te felicito! ¡Eres un tío desarrollando un plan de ataque! Y, dime, ¿conseguiste?

ANT. Conseguí dos cosas. ¡La primera... bueno, la primera... entenderme con la vecina! y la segunda... ¡conocer a mi mujer, que no es poco!

LUIS Pero esa situación, ¿no podrás sostenerla mucho tiempo?

ANT. ¡No; ni quiero! ¡Se acabó! ¡La viuda me cansa! Esta tarde precisamente hemos tenido una *bronca estupenda* y no pienso volver a verla... En cuanto á mi mujer... ¡ya comprenderás que se hán acabado las salidas! ¡Desde hoy en mi casa, no sale nadie más que yo!

LUIS Antonio, serías injusto, si ahora dudases...

ANT. ¡Eso nunca! Emilia sale mucho, pero yo sé dónde va: aquí, de compras, a jugar al *bridg*. (Con entonación.) ¡Tengo en ella una fe absoluta!

LUIS Entonces...

ANT. (Con picardía.) Pero es que ahora el campo de operaciones será la calle; porque hay una rubia en puerta y no conviene que un encuentro con Emilia eche por tierra todo un cartel, tan bien ganado como el mío, de marido modelo. Por lo pronto, te convido a comer al Casino.

LUIS (Idem.) ¿Sabes lo que estoy pensando?

ANT. No sé...

LUIS (Irónico.) Que tenías antes razón. Los diputados de la mayoría no hacemos nada comparado con tu ímprobo trabajo.

ESCENA V

DICHOS y EMILIA

EMILIA (Entrando precipitadamente por la primera derecha.) ¡Ya estoy de vuelta! (Al ver a Antonio y con intención.) Pero, hijo, ¿ya estás aquí?

ANT. Sí. (Aparte y guiñando a Luis.) ¿Eh? ¿Qué te parece?

LUIS (Con solemnidad cómica. A Emilia.) ¡Te advierto que estaba muy impaciente! Decía que no podía pasar más tiempo sin ti.

EMILIA ¡Lo creo!

ANT. (Con cómico descaro.) No le hagas caso; es mentira.

EMILIA ¿Eh? ¡Muchas gracias por tu galantería!

ANT. He querido decir...

LUIS Ha querido decir que le has fastidiado con tu llegada.

EMILIA (Asombrada) ¿Cómo?

LUIS Muy sencillo: porque se iba al Casino y...

EMILIA ¿Mi marido al Casino? ¡No seas *exagerao!* ¡No lo pisa hace un siglo!

ANT. Es verdad. Pero hoy tengo que comer allí con unos amigos.

EMILIA (Muy asombrada.) ¿Que comerás allí? (Transición y cómicamente.) ¡Antonio, tú te has vuelto loco!

ANT. Nada de loco. ¡Que me han invitado!

EMILIA Eso será una broma. (Cambiando de actitud y de gesto.) Y no es que me parezca mal; pero hoy es imposible.

ANT. ¿Imposible? ¡Ya lo verás!

EMILIA ¿Pero no sabes que es segundo turno en el Real?

ANT. ¡Caramba! No me acordaba.

EMILIA ¡Entonces!...

ANT. Entonces... iré al Casino a cenar.

EMILIA (Nerviosa.) ¡No! Comprenderás que no va a ser cosa de que me quede en casita.

ANT. Pues te quedarás, ¡y solita!

EMILIA (Amenazando nerviosamente.) ¡Antonio!

ANT. (Señalando a Luis y pidiendo prudencia con el gesto.) ¡Emilia!

EMILIA (¡Este no es mi Antonio... me lo han cambiado!)

LUIS (Con ademanes cómicos.) ¡Por mí podéis seguir! ¡Siempre que no os tiréis los muebles!

EMILIA (Con alguna zalamería.) ¿Pero de verdad me vas a dejar sin Real esta noche?

ANT. Esta noche y todas las que haga falta. Ya sabes que esto de salir es según me da la racha.

EMILIA (Aparte.) ¡Pues señor, no lo entiendo! ¿Irá a volver a lo que hacía al principio? No tiene término medio. Me veo metidita en casa y... ¡sola!

ANT. (Acercándose.) ¿Qué dices?

EMILIA (Con coraje.) ¡Nada! (Haciendo un movimiento brusco vuelve la espalda a Antonio.)

ANT. ¡Ah!

EMILIA (A Luis.) ¿Y María Cruz?

LUIS En el saloncito debe estar con su tía.

EMILIA (Con gran nerviosidad.) ¡Pues voy a verla!

ANT. (Impasible.) Yo también quisiera saludarla; digo... (A Luis.) si puede ser...

LUIS Sí, pasad, pasad. Yo voy también.

EMILIA (Al hacer mutis por la primera izquierda.) ¿De modo, Antonio, que ya no vamos a jugar al *bezique* por las noches?

ANT. (Con sorna.) No. Ahora hacemos solitarios, que es lo que me recomendabas a mí por las tardes. (Se vuelve a mirar a Luis, mientras hace mutis en compañía de Emilia.) ¿Lo ves? Como una seda.

LUIS (Haciendo también mutis detrás de ellos.) ¡Ja, ja, ja!

ESCENA VI

DONCELLA y DON GASPAR. Luego MARIA CRUZ. La escena queda sola un momento

DONC. (Saliendo con don Gaspar por la primera derecha.) Paso, pase usted por aquí. (Don Gaspar debe vestir como lo que es: un hombre rico de un pueblo castellano.) Usted dirá a quién anuncio.

GAS. (Gravemente.) Avise a la señorita. (Con autoridad.) Sólo a la señorita. Diga que está aquí su padre...

DONC. ¿Es usted el...?

GAS. (No dejándola terminar.) No se meta en lo que no le importa... ¡Pase el recado! (Don Gaspar da muestras de impaciencia y contrariedad. Pasea por la habitación; luego se sienta, saca la petaca, lía un cigarro y espera.)

M. CRUZ (Saliendo y abrazando con emoción a don Gaspar.) ¡Padre!

GAS. (Dándola un beso.) ¡Hija!

(La Doncella, que habrá salido detrás de María Cruz, hace mutis por la primera izquierda.)

M. CRUZ No le esperaba tan pronto. Creí que vendría usted en el tren de las nueve.

GAS. (Con sequedad.) Me quiero volver a Valdemontes esta misma noche.

M. CRUZ (Algo turbada.) ¿Por qué?

GAS. Porque no puedo perder tiempo. Ya sabes a lo que vengo.

M. CRUZ Avisaré a Luis.

GAS. (Severamente.) Con Luis nada tengo que hablar; así es que déjale. (Pausa.) Sé que tenéis visita...

M. CRUZ Está tía Rosa y...

GAS. ¡Tía Rosa! (Interrumpiéndola y como hablando solo.) A esta mujer me la voy a encontrar un día

en la sopa. (Transición.) ¡Bueno! Me dices en tu carta que hay que vender La Humbrosa y que... (María Cruz intenta hablar, pero su padre, con un ademán cariñoso, se lo impide) ¡Ya sé! (Marcando mucho las frases.) Que *tu marido nada te aconseja, pero que tú te has dado perfectamente cuenta de la situación y crees que ese es el único medio de solucionar ciertas cosas*, ¿no es esto? Como ves, me sé el párrafo de memoria. (Con emoción.) ¡De tanto recordarlo, anoche no dormí!... ¡La Humbrosa de otros! (Enérgico.) ¡No! ¡No puede ser! A eso he venido; a impedir que por una locura tuya, ¡o de ese!, pase a otras manos aquel rincón que tantos recuerdos tiene pa tós nosotros y debía tener pa ti también.

M. Cruz ¿Y cree usted que no los tiene?

Gas. ¡No! Que sin duda el vivir en la corte te ha hecho olvidar que en aquella casuca del monte conocí yo a tu madre y nacisteis vosotras; que allí murió aquella santa cuando los médicos aconsejaron que la sacásemos del pueblo, como si no hubiera querido salir de él.

M. Cruz (Con voz entrecortada.) ¡No, padre, yo no he olvidado nada! La Humbrosa es para mí lo que para usted; pero...

Gas. (Irónicamente.) Pero, *aunque tu marido nada te aconseja*, decides venderla.

M. Cruz (Suplicante.) ¡No me atormente usted!

Gas. (Con severidad.) ¿Entonces es Luis el que creyéndose dueño de lo que no es suyo dispone la venta?

M. Cruz (Con resolución.) ¡No! ¡No es eso!

Gas. (Con alguna vehemencia.) ¿Pero es que vas a decirme que la carta que he recibido es tuya? ¡Mucho tenías que haber aprendido desde que nos dejastes! (Cambiando de tono.) Pero... ¡vamos, vamos a lo que interesa, que el tiempo apremia... ¿El vender La Humbrosa no será por capricho? Eso... ya me lo figuro, será porque no tenéis dinero... ¡Bueno! Pues... a saber vengo lo que hace falta, conque... dime...

M. Cruz ¡Yo no sé!...

Gas. (Con mayor violencia.) ¿Que no sabes? ¡María Cruz! ¿Te has olvidado de que soy tu padre?

M. CRUZ (Suplicante.) ¡Por favor! ¡Compadezca usted mi sufrimiento!

GAS. ¿Tu sufrimiento? ¿Pero no tienes lo que querías? ¿No te casaste a tu gusto? ¿No nos has dejao... (Con emoción contenida.) y cada día que pasa tratas de alejarte más?

M. CRUZ (Con tristeza.) ¡No, padre, yo no quiero alejarme de ustedes! Yo quiero tan solo...

LUIS (Dentro. Llamando.) ¡María Cruz!

M. CRUZ (Reaccionando.) ¡Luis viene!... (Suplicante.) ¡Por mí, por mí, padre de mi alma!

ESCENA VII

DICHOS y LUIS

LUIS (Entrando por la segunda izquierda.) ¡María Cruz! (Sorprendido al ver a don Gaspar.) ¡Ah, no sabía!... (Después de ligera pausa y dando la mano a don Gaspar con afectada amabilidad.) ¿Qué tal, don Gaspar?

GAS. (Con sequedad y sin dar la mano a su yerno.) ¡Bien!

LUIS (Con frialdad.) Ya me había anunciado María Cruz este viaje, y siento el motivo...

GAS. ¡Más lo siento yo!

LUIS (Después de una pausa.) María Cruz, vé al comedor, que esos amigos están solos.

GAS. Sí, sí; déjanos. Puede que nos entendamos mejor él y yo... nada más.

M. CRUZ (Al dar un beso a don Gaspar.) (¡Por favor, padre!) (Hace mutis por la izquierda después de dirigir a Luis una súplica con la mirada.)

GAS. Vé tranquila. (A Luis.) Mejor es que no esté ella. Para decir lo que quiero decirte, no hace falta.

LUIS ¡Por mí!... Pero desearía antes de hablar advertirle...

GAS. (Interrumpiéndole.) No me adviertas nada. (En tono irónico.) Yo ya sé que tú no has aconsejado nada a María Cruz, que esto es... *¡un antojo de la chica!*

LUIS (Malhumorado.) ¡Perdóneme usted!... Lo que yo haya podido aconsejar a mi mujer, a nadie importa, de modo, don Gaspar, que yo quisiera...

GAS. Tú quisieras que yo hubiera traído la escri-

tura de La Humbrosa en el bolsillo, que la soltara sobre esa mesa y que me largase al pueblo sin decir palabra. ¡Lo creo! Pero... no me conviene. Por esta vez tendrás que oirme.

LUIS ¿Supongo que no habrá usted venido dispuesto á que tengamos un disgusto?

GAS. (Con acritud.) ¡Sólo pa dármelos pusiste tú los piés en Valdemontes!

LUIS (Molesto.) ¡Don Gaspar!...

GAS. No te exaltes, que yo estoy comedido y con *toda tranquilidad* voy a decirte lo que necesito decir... (Pausa.) ¿Queréis vender La Humbrosa?

LUIS (Con resolución.) ¡Usted lo ha dicho! ¡Queremos venderla!

GAS. (Con ironía.) ¿De modo que no es sólo idea de María Cruz?

LUIS (Con nerviosidad.) ¡No, señor! ¡Es mía! ¡De los dos!

GAS. (Poniendo mucha intención en sus palabras.) ¡Bien, hombre, bien!... Me agrada la franqueza... Pero es el caso que yo tengo que recordarte que aquel maldito día en que os sorprendí a María Cruz y a ti hablando por la reja de mi casa, (Con emoción.) y en que por vez primera y única hirió mis oídos el chasquido de un beso robao, ¡aquel día!... ¡el veinticinco de Agosto hará dos años!... te llamé y te dije que consentiría en la boda si allí mismo me dabas palabra de que nunca perturbarías nuestra vida, y... (Con dignidad.) ¡la diste!

LUIS (Con dignidad también.) ¡Y la he cumplido!

GAS. ¡Ahora, no!

LUIS ¡Don Gaspar!

GAS. Ahora, no... Y todo te lo digo con decirte que La Humbrosa no se vende. ¡A impedirlo he venío!...

LUIS Está usted ofuscado.

GAS. Yo no me ofusco.

LUIS Nervioso.

GAS. Los hombres como yo no tienen nervios, y si los tienen, se los comen. (Transición.) ¡Acabemos! ¿Qué dinero te hace falta?

LUIS (Con altanería.) No se trata de que nos dé usted dinero; se trata...

GAS. La Humbrosa no se vende.

LUIS La Humbrosa es de María Cruz.

GAS. ¡La Humbrosa es mía... y La Humbrosa no se vende!

LUIS (Enérgico.) No hay más remedio. Tenemos recibidas algunas cantidades a cuenta...

GAS. ¡Acabáramos!... Yo devolveré ese dinero.

LUIS ¡No puede ser! ¿Y la palabra que yo he dado?

GAS. (Mirándole con desprecio.) ¡Ah! Esa la devuelves tú; que esa sí es tuya.

LUIS (Orgulloso.) No acostumbro a devolver palabra que doy.

GAS. (Ofensivo.) ¡Ni dinero que tomas! ¡Váyase en este caso lo uno por lo otro!

LUIS (Procurando contenerle.) Don Gaspar, le ruego que no me obligue...

GAS. (Arrogante.) ¿A qué?

LUIS (Altanero.) ¡A exigir!

GAS. (Con desdén.) ¿A exigir... tú? ¡¡Hombre!! ¡Se exige con razones o con puños! ¡La razón está de mi parte, y los puños... (Sonriendo y pegando un golpe sobre la mesa.) los puños... yo creo que también!

LUIS (Altanero.) ¿Es eso una provocación?

GAS. (Con violencia.) ¡Es contestar a una amenaza ridícula!

LUIS (Después de una pausa y reaccionando.) Ahora soy yo quien pide calma.

GAS. (Sin poder ya contenerse.) ¡Y ahora soy yo quien no la tiene!

LUIS (Después de vacilar un momento.) ¡Pues terminemos!

GAS. Terminemos.

LUIS (Llamando.) ¡María Cruz!

GAS. ¿Qué vas a hacer?

LUIS Que su hija de usted decida. ¡Aquello es de ella, sólo de ella!

GAS. (Aparentando que recupera la tranquilidad.) ¡Cierto! A ella la correspondió al morir su madre! (Aumentando cada vez el tono de la voz.) ¡Pero La Humbrosa la labro yo! La Humbrosa está en Valdemontes, y en Valdemontes, mientras yo viva, no se hace más que lo que yo quiera.

LUIS Lo veremos. ¡María Cruz!

GAS. Lo veremos.

ESCENA VIII

DICHOS y MARIA CRUZ

LUIS (A María Cruz que sale por la izquierda dando muestras de inquietud y temor.) María Cruz, siento tener que ponerte en esta difícil situación; pero tu padre...

GAS. (Interrumpiéndole. Muy nervioso.) Tu padre está dispuesto a daros el dinero que necesitéis. ¡Pero vender, no! ¡Vender, no! ¡¡No se vende ni un grano de tierra!!

LUIS (A María Cruz.) ¡Y como tú sabes, *eso es ya imposible!*

M. CRUZ (Suplicante.) Padre, yo le pido, por la memoria de mi madre, que no se oponga; que usted, que es tan bueno y que tanto me quiere, se sacrifique por mí!

(Luis se paseará con indiferencia por la escena.)

GAS. ¿Y por qué no te sacrificas tú?

M. CRUZ (Con emoción.) ¡Qué difícil es saber en la vida dónde está el verdadero sacrificio!

(Pausa.)

GAS. (Con entereza e impaciente.) ¿Pero no he dicho que pago? ¡Que pago!... ¡Vengan, vengan nombres y cifras!

LUIS (Altanero.) No permito que nadie pague mis deudas.

GAS. (Violento.) ¡Ni yo que nadie quiera robarme lo mío!

LUIS (Dirigiéndose a la segunda izquerda para hacer mutis.) ¿Robar? ¡Basta! Un juez exigirá a usted que entregue a mi mujer la legítima de su madre.

GAS. (Amenazador.) Y un hombre va a exigirte a ti que cumplas una palabra de honor.

LUIS Mi derecho lo ampara la ley.

GAS. (Fuera de sí.) Antes de que esa ley proteja tu villanía, te hago pedazos...

M. CRUZ (Suplicante.) ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Luis!

LUIS (Desde la puerta con desprecio.) ¡La fuerza bruta por toda razón! No me asustan las arrogancias salvajes de usted. Esas arrogancias se vencen... o se desprecian... (Sale cerrando la puerta violento.) Yo... las desprecio. (Mutis rápido.)

GAS. (Da un grito y pretende acometerle) ¡Miserable!

M. CRUZ (Se arroja al cuello de su padre, llorosa, temblando.) ¡Padre! ¡Padre! ¡Por mí... por mí!... ¡¡Es mi marido!!

GAS. (Se domina. Retrocede, y trágico, jadeante, dice al ver que su hija se abraza a él.) ¡¡Tu marido!!... ¡Hija!... ¡¡Cuánto valor hace falta para ser cobarde!!...

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Sobre la mesa blanca de pino se verán bandejas con pasteles, dulces, etc. Algunas botellas y porrones. La silla de montar ha desaparecido. Las sillas no rodearán la mesa, sino que estarán repartidas convenientemente por la escena. Es el día de la fiesta del Cristo.

ESCENA PRIMERA

DON GASPAR, DON HIPÓLITO, CAROLA, DAMASA, ENRIQUETA, EL MOCHIL, PEDROTE, PERICO, ANGEL BUENO, SEBASTIAN y CURRUCA. Algunos mozos y mozas. Todos dan muestras de gran alegría, rodeando a don Hipólito entre risotadas y vivas

MOCHIL (Con la botella en la mano.) ¡Vaya otra copa, don Hipo!

HIP. Gracias, mil gracias; no debo ni puedo beber más.

ANGEL ¡Amos... que no hay más que un día de Cristo en el año!

SEB. Y sobre to, que este pardillo pasa sin sentir.

GAS. Muchachos, no abusar, que puede hacerle daño.

RAMÓN (A don Gaspar.) Déjeles usté. ¡Un día es un día!

PED. Otra pastita.

SEB. Aún no le ha dicho usté na al alcalde.

ENR. Hágale usté un verso, don Hipo.

CAR. (Con gran algazara.) ¡Sí, sí!

SEB. (Idem.) Ande, ande; que yo no le he oído ninguno.

HIP. (Que ya está algo mareado.) No se me ocurre nada. He libado mucho; pero ¿cómo negarme a vosotras, ninfas adorables?

MOCHIL (Aparte.) ¡Ya l'ha agarrao, ya!

(Todos forman círculo alrededor de don Hipólito y varios imponen silencio. Don Hipólito avanza unos pasos y dirigiéndose a Ramón dice ante él con ridícula entonación.)

HIP. Señor Alcalde Mayor...

CUR. (Interrumpiéndole cantando e imitando el tono de la copla popular.)

«No prenda usted a los ladrones...»

(Todos ríen. Don Hipólito se indigna.)

HIP.
Señor Alcalde Mayor...
de este tranquilo lugar...
es para mí un gran honor
el poderte saludar.

SEB. / ANGEL ¡Bravo, bravo!

PED. ¡Viva don Hipo!

TODOS ¡Viva! ¡Viva!

HIP. (Malhumorado.) ¡Si vuelvo a oir la mitad de mi nombre, doy por terminada la salutación!

PED. Siga.

TODOS Siga.

PED. ¡Silencio!

HIP.
Salud para tu costilla,
para don Gaspar también.
Muchas gracias por las copas... (Pausa.)

CUR. (Interrumpiendo.) ¡Que ya se ha bebío diez!

GAS. (Reprendiéndole cariñosamente.) ¡Curruca!

SEB. (Entre grandes risotadas.) ¡Bien por Curruca!

PED. ¡Bravo, bravo!

VARIOS ¡Muy bien, muy bien!

ANGEL ¡L'has cortao el verso!

CUR. ¡Se había cortao el sólo!

(Risas.)

HIP. Señores: hay en el auditorio quien no sabe distinguir. Termino, pues, levantando esta copa y... bebiendo.

CUR. (Aparte.) Ya sabía yo que acababa así.

HIP. (Cogiendo una copa.) ¡A su salud, señor Alcalde!... ¡A la suya, don Gaspar! ¡A la de ustedes, nobles damas y bellos caballeros!... ¡Uf!... ¡Al revés!...

ANGEL (Aparte.) ¡Va a ser de las buenas!
SEB. ¡Viva don Hipolito!
PED. ¡Viva don Hipo!...
TODOS ¡Vivaaa!

(Todos ríen y aumenta el jolgorio.)

ESCENA II

DICHOS y ROSARIO, saliendo por la primera derecha en traje de casa

ROS. ¿Pero qué escándalo es este?
ANGEL ¡Viva Rosario!
TODOS ¡Viva!
ROS. Pero chicos, ¿os habéis vuelto locos?
HIP. (Con una copa en la mano.) ¡Señora alcaldesa, a vuestra salud!
ROS. (Sonriéndose.) ¡Van a decir que los de casa del Alcalde son los más alborotadores del pueblo!
GAS. ¡Nada, nada... siga la alegría; yo también he sido joven, y sé lo que son estos días de la fiesta!
ENR. (A Rosario.) Es que don Hipo se alegra.
ROS. ¡Pero don Hipo!
HIP. ¿Cómo no alegrarme? ¿Qué hay en la vida que alegre como las mujeres?
CUR. ¡El vino! (Risa general. Aparte.) ¡Valiente cosca está hecho el tío éste! Con el aquel de las aleluyas agarra cá bufanda que se quea solo...
HIP. (A Curruca, que se le ha quedado mirando.) ¿Qué me interrogas con la mirada, bucólico pastor?
CUR. Oiga, oiga. Me va usté hacer el favor de no hablarme en latín, porque eso de gucólico pué ser ofensivo...
GAS. ¡Curruca!

(Don Hipólito hace un gesto de desdén.)

ROS. (Dirigiéndose a las muchachas.) ¿Y cómó ha estao la misa?
ENR. ¡Chica, como ningún año!
ANGEL ¡Hay que ver la cera que tenía el Cristo!
ROS. (A Enriqueta.) ¿Has visto tú, Enriqueta, qué majas son las casullas de aquí? ¡En Daganzo no las tienen tan ricas!
ENR. ¡Toma, ni en Torrelaguna!
GAS. (Reprendiéndolas cariñosamente.) ¡Dejad las com-

paraciones! Si aquí las casullas son de mucho precio, allí tendrán otras cosas que no habrá en Valdemontes, y ¡váyase lo uno por lo otro!

CAR. (A Rosario.) Y tú, ¿cómo no has ido?

ROS. Hija, no he podido.

ENR. Pues se ha notado tu falta.

ROS. ¿Sí?

CAR. Cuando salimos estaban en un corro las del médico, y la más fea decía...

ANGEL ¿Pero se ha averiguado cuál es la más fea?

CAR. ¡Sí, la Gloria!

CUR. (Rápidamente.) ¿La Gloria? ¡Jesús me condene!

ROS. Bueno, bueno, ¿y qué decían?

CAR. Nada, que parecía mentira que siendo alcaldesa no hubieras ido.

ROS. ¡Pues por eso precisamente no he podido ir! Hoy somos a comer aquí veintitantos, y ya sabéis lo que son los criados estos días de fiesta, que no hacen nada a derechas.

DÁM. Anda... ahora pago yo. (Aparte.) El último mono siempre se ahoga.

CAR. También hablaban de María Cruz.

GAS. ¿De María Cruz?

CAR. ¡Sí, comentaban que no hubiera venido!

ROS. No ha podido.

ANGEL ¡A esa, ya no la tira el pueblo!

SEB. ¡Y hace bien, mía éste! ¡Con las fiestas que hay siempre en Madrid! ¿Verdad, don Hipólito?

HIP. ¡Oh, jóvenes amigos, no me recordéis aquel paraíso! ¡Allí dejé mis amores, allí dejé mis alegrías!... ¡Allí... quedó todo!

ENR. ¡La verdad es que María Cruz es algo descastá!

CAR. (A don Gaspar.) Usté estuvo allí hace poco, verdad?

GAS. ¡Sí, fuí un día y pasé unas horas con ella!

CAR. ¿Estará tan contenta?

GAS. ¡Sí!

ENR. Toma, ¡y tan orgullosa! Ya ves, dice que su marido llegará con el tiempo a ministro.

GAS. ¡Puede ser!...

SEB. Por lo pronto, ya ha hecho alcalde a éste! (Señalando a Ramón.)

CAR. (A Ramón.) ¡Ah! ¿Ha sido él?

RAMÓN Sí; al entrar su partido me escribió pregun-

tándome si quería ser alcalde, y aunque esto da más disgustos que otra cosa, porque no lo fuera a tomar a mal, acepté.

ENR. Pues han debío venir ellos a traerte el nombramiento.

HIP. Hubiera sido de muy buen efecto.

GAS. María Cruz no se acuerda ya de Valdemontes.

ROS. ¡Eso, no, padre, que estamos aquí nosotros¡ Si Luis no podía venir, no iba a venir ella sola.

GAS. Si yo no la critico; cuando quiera venir, será bien recibida, y él lo mismo.

CUR. (Aparte.) Algo quea por dentro.

GAS. (Cambiando de conversación y dirigiéndose a los mozos.) ¿Y hay mucha animación para los toros?

MOCHIL ¡Más que ningún año!

PED. Ya ve usté, dos novillos de muerte y el *Zurini chico*, que ha quedao muy bien en Torrelaguna...

ANGEL ¡Flojo cartel!

SEB. Como que ha venido gente hasta de Madrid.

CUR. ¿Y no hay capea este año?

RAMÓN Mientras que yo sea alcalde, no hay capeas.

HIP. (Dando la mano a Ramón cómicamente.) ¡En nombre de la civilización, le felicito!

RAMÓN No, a mí, no; es cosa de Madrid.

CUR. ¿Y por qué se tién que meter los de Madrid en que aquí haya capeas? ¡Pos nos han quitao lo mejor de la fiesta!

HIP. ¡Hacen bien! Está uno expuesto a cualquier desgracia; el año pasado hasta yo fuí a la enfermería!... ¡Y de pronóstico reservado!

CUR. ¡Toma, porque se hundió el tendido donde estaba usté agazapao mirando pantorrillas! Pero eso es como si le dan a usté un cascotazo en la calle al ir pa la plaza por pellizcar a una moza.

HIP. De todas formas, las capeas eran un baldón.

CUR. ¡Bueno, serían... eso, pero tenga usté seguro que como Ramón no deje que los mozos corran siquiá un toro esta tarde, pa el año que viene no es alcalde! (Dirigiéndose a Gaspar.) ¿No le parece a usté, señor amo?

GAS. Nosotros ya somos de otro tiempo, Curruca,

y poco nos pué importar que haya o no capeas... Digo... ¡a no ser que pienses tú echarte a la plaza!

CUR. ¡Ya no pueo! Pero de mozo, el día del Cristo ya se sabía: el primer regate a un toro con una bota de vino en la mano era el de Curruca; y por la noche, el primer baile con la moza más guapa también tenía que ser el mío.

SEB. (A don Hipólito.) ¿Usté, don Hipólito, se vendrá ahora con nosotros al encierro?

HIP. (Con cómico temor.) ¿Yo? ¡Dios me libre!

MOCHÍL (Con gran algazara.) ¡Sí, sí, tié que venir!

ANGEL (Idem.) ¡Yo le dejo mi caballo!

ENR. ¡Que no se diga!...

CAR. ¿Pero, le da a usté miedo?

ROS. ¡Don Hipólito!

HIP. (Reaccionando cómicamente.) ¿Miedo a mí? ¡Con quince luché en Zamora y a los quince los vencí!...

CUR. (Aparte.) ¡Será embustero el tío este!

ANGEL ¿Entonces?...

HIP. Entonces... ¡Venga un potro castellano, venga una pica flamenca, venga... venga otra copita!

PED. ¡Viva don Hipo!

SEB. ¡Vivan los hombres valientes!

TODOS ¡Bravo, viva... vivaaa!

(Risas, voces, aplausos, gran algazara, que se interrumpe bruscamente al aparecer en la puerta María Cruz, acompañada de una Doncella.)

ESCENA III

DICHOS, MARIA CRUZ y una DONCELLA

M. CRUZ (Apareciendo en la puerta del foro.) Buenos días.

TODOS ¡María Cruz!

(Rosario y don Gaspar van hacia ella.)

ROS. ¡María Cruz!

GAS. ¿Tú aquí?

ENR. / CAR. ¿Pero, chica?

CUR. (Con alegría.) ¡La María Cruz!

M. CRUZ (Dando un beso a Gaspar.) ¡Padre!

GAS. ¿Ocurre algo?

M. CRUZ ¡Nada, padre! ¡Que vengo a la fiesta!

(Don Gaspar adopta desde este momento un gesto de preocupación que en vano trata de disimular en el transcurso de la obra.)

M. CRUZ (Cariñosamente a Rosario.) ¿Y tú?

ROS. ¡Loca de verte!

M. CRUZ (Dando la mano a Ramón.) ¡Señor alcalde!

RAMÓN ¿Qué tal? ¿Y el señor Diputao?

M. CRUZ En Madrid, como siempre. (Dirigiéndose a las muchachas.) ¿Y vosotras?... ¡Qué guapa estás, Carola! (Va dando un beso a cada una de las muchachas, quedando indecisa al llegar frente a Enriqueta.)

ROS. ¿No la conoces? Enriqueta la de Daganzo.

M. CRUZ ¡Oh, sí! ¡Te has hecho una mujer! (A los mozos.) ¿Y vosotros?

ANGEL ¡Hace un momento que estábamos nombrándote!

PERICO ¡Estás más gorda!

M. CRUZ (Reparando en don Hipólito.) ¡Don Hipólito!

HIP. ¡María Cruz! (Saludándola.) Encantado y asombrado. (Dándole hipo.)

M. CRUZ (Sonriéndose.) ¿Cómo?

HIP. ¡Encantado por tener el gusto de saludarla y asombrado por verla llegar a Valdemontes!

M. CRUZ ¡Usted, tan famoso como siempre!

ROS. Pero, ¿vienes sola?

M. CRUZ No; con la doncella. (Señalando a ésta que se habrá quedado en segundo término.)

ROS. (A la doncella.) Pase usted. (Llamando por la segunda derecha.) ¡Dámasa! (A la doncella que hace mutis por dicha segunda derecha.)

DÁM. Por aquí. Pase, pase, doncella.

ANGEL (A don Gaspar.) Ya estará usted contento, don Gaspar.

GAS. (Queriendo aparentar alegría.) ¡Figúrate!

M. CRUZ (Reparando en Curruca que está en segundo término.) Pero, Curruca, ¿qué haces que no vienes? (Con mucho cariño.) ¿Es que ya no te acordabas de la María Cruz?

CUR. (Emocionado.) ¡No me tengo de acordar!

M. CRUZ No has ido a Madrid, como me prometistes.

CUR. El amo...

M. CRUZ (A don Gaspar.) ¿Es que no le dejó usted?

GAS. ¡Está mu viejo pa esos trotes!

M. CRUZ ¡Pobre Curruca!

CUR. ¿Y... y... el señorito?

M. CRUZ Allí se ha quedado.

GAS. ¿Cómo no ha venido?

M. CRUZ No ha podido.

ROS. ¿Recibiría Luis la carta de Ramón, dándole las gracias?

M. CRUZ No valía la pena. (Pausa. Dirigiéndose a todos.) ¡Pero bueno, cuando he entrado estaban ustedes muy de broma! ¡que siga, que siga la alegría!

ANGEL ¡Era don Hipólito, que ha libado un poco, como él dice.

HIP. ¡No haga usted caso!

GAS. ¡Ea, tiene razón María Cruz! ¡A divertirse, a divertirse, que esta (Por María Cruz.) no es una forastera!

M. CRUZ ¡Soy la de siempre!

GAS. (Aparte.) (¡La de siempre, no!)

ANGEL ¡Nosotros vamos a ir ya preparando las cosas pa el encierro, que no falta más que media hora!

PERICO ¡Tiés razón! (A las muchachas.) Vosotras ¿os quedáis?

ENR. En seguida vamos.

SEB. ¡Hala, don Hipólito, que la palabra es palabra.

ANGEL Y que va usted a montar un potro... ya verá, ya verá...

HIP. (A María Cruz.) ¡Señora... bien venida! (Con temor cómico.) ¡Celebro haberla visto tan buena! ¡Dios quiera que después del encierro pueda usted decirme a mí lo mismo!

M. CRUZ (Riéndose.) ¡Gracias, don Hipólito... y suerte!

PERICO (A don Hipólito.) ¡Vamos, no tenga usté miedo!

HIP. ¡Hasta ahora, o hasta el Valle! (Mutis cómico por el foro, seguido de Angel, Perico, Sebastián y los mozos.)

ESCENA IV

ROSARIO, MARIA CRUZ, ENRIQUETA, CAROLA, SATUR y algunas muchachas más. DON GASPAR y CURRUCA formando grupo aparte

CAR. (A María Cruz.) Cuenta, cuenta algo de Madrid... ¿Sigues contenta?

M. CRUZ Sí.

ENR. Te vas a aburrir mucho aquí.

M. CRUZ — Eso no, ¡y con el tiempo que hace que no venía! (*Durante este diálogo María Cruz con Rosario y las demás muchachas, se dirigirán hacia la reja, donde continúan hablando. Ramón se acerca al grupo que forman, mientras que don Gaspar y Curruca quedan en primer término.*)

GAS. — (*A Curruca.*) ¡Mala espina me da a mí este viaje!

CUR. — ¿Por qué, señor amo?

GAS. — ¡No lo sé!

CUR. — ¡La María Cruz viene contenta, miéla usté cómo charla y cómo ríe!

GAS. — (*Abatido.*) ¡Cuando estuve en Madrid me dijo que había aprendido a fingir! ¡No lo he olvidado, y su risa ya no me alegra.

CAR. — (*A María Cruz.*) ¡Sí, sí, tú verás como nos arreglamos para que mientras estés aquí, no te aburras!

ENR. — ¡Tiene razón Carola, y haremos que te vayas con ganas de volver y de no faltar nunca a la fiesta!

M. CRUZ — Yo con estar con vosotras, estoy contenta. ¡Si supiérais cuánto os recordaba a todas!

CAR. — ¿De veras?...

M. CRUZ — ¡Y tan de veras!

ENR. — ¡Ya sería menos!

CAR. — (*A Enriqueta y Satur.*) Chicas, vámonos que nos estamos pasando aquí la mañana.

ROS. — ¿Pero os vais?

M. CRUZ — ¿Qué prisa tenéis?

CAR. — ¡Anda, y poco jaleo que habrá en nuestras casas con los forasteros que han venido!

ROS. — Volveréis pa que vayamos juntas a ver el encierro.

ENR. — Sí.

CAR. — En seguida volveremos; vamos porque no digan...

ROS. — Entonces, no os detengo.

M. CRUZ — Adiós, chicas.

CAR. — Adiós, María Cruz.

ENR. — Hasta ahora, don Gaspar.

GAS. — Adiós, muchachas.

RAMÓN — Adiós. (*Enriqueta, Carola y Satur seguidas de las demás muchachas hacen mutis por el foro.*)

ESCENA V

MARIA CRUZ, ROSARIO, DON GASPAR, RAMON y CURRUCA
Este se quedará en segundo término

GAS. (A María Cruz.) Bueno, y ahora que ya estamos solos los de casa, ¿puede saberse a qué obedece este viaje?

M. CRUZ ¡Al deseo de estar con ustedes unos días!

GAS. ¿Nada más?

M. CRUZ ¡Nada más, padre! ¿Por qué esa pregunta?

GAS. (Después de una pausa.) ¡Porque me choca que te haya dejao venir tu marido a vernos!

ROS. ¡Qué cosas tiene usté! (A María Cruz cariñosamente.) ¡No le hagas caso!

M. CRUZ (A Rosario.) Pues por veros he venido, por pasar las fiestas del Cristo en Valdemontes... por abrazaros.

GAS. (Cariñosamente.) ¡Y yo muy satisfecho!

M. CRUZ (Apenada.) ¡Entonces!

GAS. ¡Es que al verte aparecer por esa puerta tan de improviso, no sé lo que me pasó! ¡Casi no tuve ni tiempo de alegrarme! ¡Que sólo tres veces nos hemos visto desde que te casaste, y nunca fué para na bueno!

M. CRUZ (Con dejo de amargura.) ¡Buen recibimiento me está usted haciendo!

GAS. ¿Recibimiento? ¡Con los brazos abiertos! (La abraza.)

ROS. Ea, ea, dejémonos de cosas tristes, que hoy por ser la fiesta y por haber venido tú, sólo es día de alegrías. (A María Cruz.) Anda, ven pa tu cuarto.

M. CRUZ ¿Para mi cuarto?

ROS. Sí, te pondremos el que tenías de soltera.

M. CRUZ ¡Pues vamos!... (María Cruz y Rosario hacen mutis por la segunda derecha.)

ESCENA VI

DON GASPAR, RAMON y CURRUCA. Durante esta escena Curruca seguirá alejado del grupo que forman don Gaspar y Ramón, aparentando no oir lo que estos dicen.

RAMÓN (Después de una pausa y mirando fijamente a don Gaspar.) ¡Quien le hubiera oído a usté ha-

bría creído que sintió el ver llegar a María Cruz!

GAS. Sentirlo, no; pero agolpárseme cuando apareció ahí, (Señalando la puerta.) toa la sangre a la cabeza, y sentir lo que yo no he sentido nunca, ¡miedo! ¡eso sí!

RAMÓN ¡Pues mire usté, a mí también me ha dao mala espina este viaje, porque... ¡vamos! que a *traer no vendrá!*

GAS. (Transición.) ¡Ni a llevarse tampoco!

RAMÓN (Con intención.) ¡Eso!...

GAS. ¡No, Ramón! María Crnz, ya sabe que he hecho por ella todo lo que podía hacer. ¡Si más pudiera, más haría, que al fin es mi hija! pero...

RAMÓN ¡Y pué ser que haya usted hecho demasiao!

GAS. ¡No había más remedio!

RAMÓN (Pausa.) ¡No sé!... ¡Porque usté se ha olvidao que tiene otra hija!

GAS. (Enérgico.) ¡Ramón!

RAMÓN ¡Alguna vez me lo tenía usté que oir, y ya que ha venido a cuento!

GAS. ¿Es que tiés algo que echarme en cara? ¡De todo lo que dispuse para impedir la venta de La Humbrosa, era mío y a nadie tenía que dar cuentas! ¡Creí mi deber pagar las cantidades que ellos debían!

RAMÓN (Con intención.) ¡Es que según tengo entendido, esas cantidades eran bastante crecidas y... vamos, usté...

GAS. (Exaltado.) ¿Quieres decir que yo no disponía de ese dinero? ¿y qué?

RAMÓN ¡Na, que tóo el pueblo sabe que ha tomao usté dinero sobre las tierras del otro lao del río y...

GAS. ¡Acaba!

RAMÓN (Con resolución.) ¡Que esas tierras son de usté en usufruto y en propiedad son de la Rosario!

GAS. (Conteniéndose y apesadumbrado.) ¡Tienes razón!.. ¡Dispuse de lo que no era mío! ¡Por ser buen padre, resulto malo! ¡Pero yo devolveré esas cantidades!

RAMÓN ¡Yo no le tomo a usté cuentas; si le digo ésto es porque creo que debió usté proceder de otra forma!

GAS. ¿Cómo?

RAMÓN Diciéndomelo a mí, que no me hubieran faltao medios pa darles ese dinero.

GAS. No te entiendo.

RAMÓN Pues es sencillo; yo les hubiá dao a Luis y a la María Cruz lo que necesitaban y algo más, y La Humbrosa sería de la Rosario. (Pausa.) Pero usté porque siguiera siendo de ellos...

GAS. (Con creciente excitación.) ¡O no te explicas bien o pué que sea que yo no quiera entenderte! ¿De modo que lo que pretendías era despojar a María Cruz de lo suyo?

RAMÓN ¡Despojar, no! ¡Tenga usté cuidao! Comprar, comprar con mi dinero, pa conservar con mi trabajo.

GAS. (Idem.) ¡Calla, calla; te estoy oyendo y me paece que es mentira lo que escucho! ¡Qué desencanto! (Pausa.) ¿La María Cruz sin su hacienda? ¿Sin un pedazo de tierra donde poder volver los ojos? ¡No, no! Ella lo necesita más que tú, más que nadie, y mientras yo viva, mientras estas manos puedan cabar la tierra, aquí tendrá siempre mi hija lo que heredó de su madre, lo que pué hacerle algún día falta pa sus hijos... si los tiene!

RAMÓN A los hijos de María Cruz pa ná les hará falta Valdemontes.

GAS. ¿Por qué?

RAMÓN Porque ya se encargará su padre de darles una carrera.

GAS. (Con cierta amargura.) ¡Tal vez! Pero por si acaso, que conserve ésto, que las tierras dan fruto siempre, ¡tóo consiste en sembrar la semilla a tiempo!

RAMÓN (En tono altanero.) ¡Y claro, usté quiere que yo siga sembrando pa que ellos recojan!

GAS. ¿Qué dices?

RAMÓN ¡Lo que dice tó el mundo! ¡Que estoy haciendo el primo, labrando lo que no es mío!

GAS. Pero, ¿no os lleváis las cosechas?

RAMÓN ¡Toma, estaría bueno! Pero las tierras siguen siendo suyas y... ¡no pué ser, ea! esto tié que terminarse; o nos venden lo suyo, o que busquen quien se encargue de ello.

GAS. (Colérico.) ¡No lo necesitan! Mientras yo viva, yo me encargaré de la labor, y cuando me muera, mandaré que me entierren en aquel

terreno, y muerto le defenderé a María Cruz lo que es suyo, como se lo defendería a Rosario! ¡Una hija mía no se quea sin ná en el pueblo!

RAMÓN ¿Pero no decía usté que María Cruz ya no era de aquí?

GAS. No sé si lo dije. Pero también te digo que sus hijos llevarán mi sangre, y no quió, como buen castellano, que ninguno e mi casta deje de tener aquí tierras que labrar, ni casa donde vivir si quieren. Mi obligación es esa, y después... (Con tristeza.) si ellos no lo quieren, que lo vendan o lo tiren, pero yo habré cumplido mi deber. (Transición.) ¡Conque dejémonos de estas discusiones y vamos pa la plaza, que por lo visto se te ha olvidao que eres Alcalde y pué ser que por allí estés haciendo falta!

RAMÓN Es que este asunto...

GAS. (Queriendo aparentar calma.) ¡De este asunto no tenemos más que hablar! Desde Octubre yo labro La Humbrosa!

RAMÓN ¡Está usté viejo!

GAS. (Zamarreándole, cogido por la solapa.) ¡Pero estoy fuerte!... ¿eh?

RAMÓN ¡Es que Rosario!...

GAS. (Con nerviosidad.) ¡Rosario, como tú y como todos, haréis lo que yo diga! (Enérgico.) ¡Que en esta casa no ha habío nunca más que un amo!

RAMÓN (Altanero.) ¡Eso!...

GAS. (Empujándole cariñosamente hacia la puerta.) Anda, anda, Ramón; que por lo visto se te ha olvidao que tu padre era mayoral de mis abuelos y que hoy eres tú Alcalde de Valdemontes.

RAMON (Señalando a Curruca y como recriminándole por haber hablado delante del Criado.) ¡Don Gaspar!

GAS. (Por Curruca.) Este es un lebrel viejo y... ¡Curruca! (A Curruca.) ¡De esto!...(Le hace, poniéndose un dedo en la boca, signos de que no hable.)

CUR. (Con dignidad y humildad.) ¡Yo no he oído ná, mi amo!

GAS. ¡Así! Tú y yo, (A Ramón.) pa la plaza.

(Hacen mutis por la puerta del foro.)

ESCENA VII

CURRUCA y MARIA CRUZ

CUR. ¡Pobre señor amo, entre tóos acabarán con él! ¡La casa más rica del pueblo venirse abajo, antes ciegue que tal vea! ¡Y tóo... por los malditos amoríos de una chicuela!

M. CRUZ (Saliendo por la primera derecha.) Curruca, ¿se marchó mi padre?

CUR. Pa la plaza va con Ramón. ¿Quieres que le llame?

M. CRUZ (Después de un momento de indecisión.) ¡No!

CUR. (Pausa.) Y qué, ¿te diviertes mucho por los madriles?

M. CRUZ (Indiferente.) Regular. Y aquí, ¿cómo lo pasáis?

CUR. Como siempre. La semana en la labor y los domingos en la plaza oyendo la música y viendo bailar a los mozos. (Pausa.)

M. CRUZ ¿Hay muchos ahora en Valdemontes?

CUR. ¡De tu tiempo ya van queando pocos! El último que se ha casao, ¿ya sabrás quién ha sío?...

M. CRUZ No.

CUR. ¡Pues... José María!

M. CRUZ (Indiferente.) ¡Ah!

CUR. ¡Güena boda ha hecho! ¡Se ha llevao la moza más rica de Algete!

M. CRUZ ¿Y las de la botica?

CUR. ¡Esas no se casan! ¡Huelen mucho a medicina!

M. CRUZ Purita, la del Alfarero, ¿sigue con el novio?

CUR. Sí.

M. CRUZ ¿Y no se casa?

CUR. (Con intención.) ¡Pa qué!...

M. CRUZ ¡Hombre!...

ESCENA VIII

DICHOS, CAROLA, ENRIQUETA, SATUR y ROSARIO. Luego DON GASPAR y RAMON

CAR. (Entrando por la puerta del foro con Enriqueta y Satur.) ¡Ya estamos aquí otra vez!

ENR. ¿No dirás que hemos tardado?

M. CRUZ Así me gusta.

SATUR Bueno, vamos pa la plaza, que dicen que ya viene el encierro.

ROS. (Saliendo por la segunda derecha.) Chicas, ¿es que vienen los toros?

ENR. ¡Se los ve desde el altozano!

SATUR ¡Ya han pasao el puente!

RAMÓN (Entrando precipitadamente con don Gaspar.) ¡Hala, hala, pa la plaza!

GAS. ¡Vamos, Curruca! Anda tú también.

ENR. ¿Vamos, María Cruz?

M. CRUZ ¡Vamos!

CAR. ¡Vamos!

ENR. ¿Y tú, Rosario?

ROS. Estoy sin vestirme.

RAMÓN ¡Y qué más da! ¡Anda, anda!

ENR. ¡Habrá que ver a don Hipólito!

CAR. ¡Parecerá don Quijote!

(Todos irán haciendo mutis por la puerta del foro con gran algazara. Quedan los últimos don Gaspar y María Cruz, pero de modo que el público no note que no van a hacer mutis.)

ESCENA IX

DON GASPAR y MARIA CRUZ. Deteniendo a don Gaspar en el momento en que éste va a hacer mutis

M. CRUZ ¡Padre!

GAS. (Con alguna extrañeza.) ¿Qué?

M. CRUZ Quiero hablarle.

GAS. ¿Ahora?

M. CRUZ Sí, ahora.

ROS. (Desde la calle.) ¿No venís?

GAS. (En el quicio de la puerta.) ¡Ya vamos! Andad, andad. (Avanzando hacia dentro y dirigiéndose a María Cruz.) ¿Qué quieres?

M. CRUZ ¡Sé que voy a darle a usted un nuevo disgusto!

GAS. ¡Al verte entrar, me lo dijo el corazón!... ¡Venga!

M. CRUZ (Después de un momento de vacilación.) ¡No sé, no sè cómo decirle!...

GAS. (Interrumpiéndola y poniendo una gran amargura en sus palabras.) Mira, hija, quiero evitarte la pena de que me expliques lo que yo ya sé, y quiero también ahorrarme la amargura de

escucharte. Por eso voy, antes de que hables, a rogarte que no me pidas un nuevo sacrificio. ¡No podría hacerlo! Bastante hice con... transigir con tu marido y darle al fin y al cabo más del doble de lo que te correspondía. ¡He defendido tu hacienda a costa de mi tranquilidad, de mi salud y de mi vida! Tu marido ya está arriba, y yo... ¡yo, en cambio, lucho como un león para no hundirme!

M. CRUZ. ¡Pero, padre!

GAS. (Subiendo gradualmente de tono en la voz.) ¡Para que lo tuyo siguiera siendo nuestro, casi he faltado a mis deberes, exponiéndome a que a mis años, y por primera vez en mi vida, alguien haya tenido la avilantez de pedirme cuenta de mis actos.

M. CRUZ (Interrumpiéndole.) ¡Pero si yo no vengo a pedirle nada!

GAS. (Mirando fijamente a su hija.) ¿Que no vienes a pedirme?...

M. CRUZ (Con dignidad.) ¡Dinero, no!

GAS. ¿Entonces? (María Cruz se arroja llorando en brazos de su padre. Exaltado) ¿Qué es esto? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¡Serénate! ¡Hija, hija! (Cogiendo cariñosamente a María Cruz.) ¡Vamos, vamos, habla!

M. CRUZ (Después de una pausa y sin dejar de llorar.) ¡Padre!... ¡Yo no puedo, yo no quiero volver a Madrid!

GAS. ¿Eh? ¿Estás loca?

M. CRUZ ¡No estoy loca, no! (Sentándoee ambos junto a la mesa.) Escuche usted: ¡Mi vida no es vida, desde hace dos años...

GAS ¿Qué quieres decir?

M. CRUZ Que Luis no me quiere, que no me ha querido nunca, que llevo sufrido mucho en silencio... ¡Yo no soy, padre, la mujer de mi marido!... Ni llantos, ni súplicas me valieron de nada... Para mis lágrimas tuvo siempre una sonrisa: para mis súplicas un gesto de desdén... El vive sólo para él, no para mí. En mi matrimonio la felicidad fué corta. ¡Tan corta, que apenas llegó a un mes!... Luego siguió conmigo amable; pero nunca cariñoso... Yo lo intenté todo... Quise ser su esclava: él, por no ser mío, no quiso ser ni mi tirano!

GAS. Sigue, sigue...

M. Cruz Cuando empezaron sus triunfos aumentaron aún más mis amarguras. Tuve celos y no me atreví a expresarlos. Los ahogué con lágrimas... Un día pensé que podía darle un hijo y recibió la noticia con la misma cruel indiferencia conque luego supo que aquello sólo había sido una ilusión de mi cariño...

Gas ¡Pobre hija!

M. Cruz Pues aún hay más... Llegó a prescindir de mí en absoluto... Si yo alguna vez me atrevía a indicarle que por qué no me llevaba .. a cualquier parte... a un teatro, por ejemplo, me contestaba: «¿Para qué? ¡Tú te aburrirías, allí!...» El desdén de Luis se fué con virtiendo... ¡yo no sé en qué!; quizás en odio... Porque se ha arrepentido de haber hecho de una lugareña la compañera de su vida... y así, padre, he llegado a un momento en que, sin poder seguir viviendo sin cariño, en una casa que jamás me pareció mía y con un hombre qúe no me ha tenido como suya, me decidí a venir en busca de esta casa, que nunca debí abandonar, de estas gentes sencillas, pero nobles y buenas, del cariño de usted, el único verdadero y grande.

Gas. Tan grande y tan verdadero que, con haber sufrido yo también mucho, me parece, oyéndote, que no he sufrido nada. (Pausa.) No puedes imaginarte la amargura, el odio, el coraje, la pena—quizás hasta el remordimiento—que llenan ahora mi alma.

M. Cruz ¿Remordimiento, usted? ¡No!

Gas. ¡Sí! Porque desde que supe tus amores, presentí tu desgracia, la mía, la de todos, porque yo en lugar de permitir aquel día que ese mal hombre entrara por esa puerta, debí obligarle a salir para siempre de este pueblo... Pero pensé si podrías tú creerlo egoísmo mío y le hablé... como yo he hablado siempre a los hombres ¡con la verdad!... ¡y te dejé casarte! Desde entonces no he tenido un momento tranquilo... cada vez eran más grandes mis dudas y mis temores... Te vi marchar en el coche por aquella carretera y, mientras todos aquí reían, lloraba mi alma como si presintiera todas las amarguras que vinieron luego... No fuí el

padre a quien se le casa una hija: fuí el hombre que ve en un instante destruirse su familia, desmoronarse su casa...

M. Cruz ¡Padre! ¡Padre!

Gas Veía a Rosario y te buscaba a ti. Creía que iba a encontrarte en todas partes y no te encontraba en ninguna... Cada cosa era un recuerdo tuyo... Mis lágrimas regaron todos los rincones de esta casa; los sitios donde te sentabas, la mesa donde comías... ¡hasta el brazo de Curruca, porque te meció de niña! Y así un día y otro, hasta aquel en que una carta... ¡tuya! me hizo ir a Madrid para aumentar mis dolores con los tuyos.

M. Cruz Padre .. padre...

Gas. Para saber lo que era odiar y también lo que era querer... porque hasta entonces no había comprendido cuánto era mi cariño... hasta el momento aquél en que al oirte decir: «¡Padre, es mi marido!», contuve mis manos que se iban solas hacia el cuello de aquel hombre... de aquel canalla... ¡¡canalla!! ¡¡¡canalla!!! el único hombre a quien yo he tolerado una ofensa en mi vida .. (Pausa)

M. Cruz ¡No me recuerde aquello!... No me diga más de tanto dolor suyo y de tanto sacrificio. Yo pensando en mis penas, fuí egoísta y olvidé las de usted... Usted más bueno siempre que yo, aumentó las suyas con las mías... Piense ya solo que si tenemos que seguir sufriendo, sufriremos juntos; pero aquí... lejos de quien no supo nunca ni quererme a mí, ni respetarle a usted.

Gas. ¡Eso no! Y figúrate cuánto me costará—después de haberte oído—y de haberte dicho todo el desprecio que siento por ese hombre, decirte, con el alma rota, pero con la voluntad tan firme como la tuve siempre... que concluída la fiesta, te vuelves a Madrid... ¡Yo te acompañaré! Sí; vuelves *a tu casa*... a su lado!

M. Cruz ¿Y si me niego?

Gas Te obligaré.

M. Cruz ¡Por Dios, padre, que la vida allí me es imposible!

Gas. Más imposible es aquí tu presencia.

M. Cruz No, no, padre; me faltan fuerzas para tan enorme sacrificio...

GAS. En un altar lo aceptaste y no hay sacrificio sin recompensa.

M. CRUZ ¿Y cuál ha de ser la que consiga?

GAS. Ningún premio mejor para la persona honrada y digna que el convencimiento de haber cumplido con su deber.

M. CRUZ Como hija, lo cumplí siempre: y como esposa también supe cumplirlo, pues sufrí resignada cuantas humillaciones causó a mi dignidad y a mi amor, ese hombre, indigno de merecerme. Por eso ahora, al volver al lado de usted, de los míos—a los que loca y enamorada abandoné—sabré seguir cumpliéndolo.

GAS. Tu deber no está aquí, María Cruz.

M. CRUZ ¡Rompe usted mi vida!

GAS Evito que acabes tú de romperla.

M. CRUZ Y usted, ¿usted, es quien me condena a esa eterna humillación?

GAS. Yo, sí; yo. El mismo que te pidió llorando que no nos abandonaras: el que daría su vida porque no te hubieras casado, el que habría ahogado un día a tu marido entre sus manos, el que te quiere tanto como a él le odia... el que te pide... el que te exige que terminadas las fiestas, no permanezcas más en Valdemontes; que cumplas con tu nombre, con tu deber y no faltes a las viejas leyes, a esas leyes que nadie olvidó nunca en esta casa.

M. CRUZ ¿Y qué son para mí esas viejas leyes?

GAS ¡Leyes de honor!

M. CRUZ ¿De honor?

GAS. Sí; porque la mujer cristiana que por no llevar su cruz abandona su hogar, es una... mala mujer:

M. CRUZ ¡Padre!

GAS Y yo no quiero que tú lo seas.

M. CRUZ Basta, padre. Eso, no; no, eso nunca. Odiosas leyes, las que en vez de amparar a una mujer desdichada, la condenan a perpetuo martirio y desprecio...

GAS. ¡María Cruz!

M. CRUZ Odiosas leyes, que dan por recompensa lágrimas y abandono...

GAS ¡Hija!

M. CRUZ (Cada vez con más exaltación) Más que odiosas, infames esas viejas leyes, que impiden a

una hija desgraciada encontrar al calor de su casa, de su antiguo hogar, refugio y consuelo a sus tristezas; malditas leyes que impiden a un padre bueno, y hasta hoy cariñoso, que prodigue ternuras y caricias a su hija... para que olvide... humillaciones y dolores...

GAS. ¿Qué dices, desdichada?

M. CRUZ La verdad, padre, una horrible verdad, que aunque destroce su corazón ha de escucharme. He venido a Valdemontes a buscar entre los míos, y en los brazos de usted, la paz y el cariño que me faltan. Creí hallar en su corazón ternuras infinitas; en sus palabras, disculpa a mis errores, y encuentro tan solo—como si mi dolor fuera delito—la severidad de juez, que invocando viejas leyes terrenas, y con horrible injusticia me condena, olvidando que no soy yo el criminal, sino la víctima, que es ley divina amor, y que dar consuelo al triste y abatido, es obra de misericordia.

GAS. ¿Eres tú, María Cruz, quien me habla?

M. CRUZ ¿Fué usted, padre, quien escuchó mi ruego?

GAS ¡Mala hija!

M. CRUZ ¡No lo fuí... no lo soy... no lo seré nunca!

GAS ¡Eres otra... otra!

M. CAUZ Antes me llamó usted mala mujer... Ignoro qué suerte me espera! ¡Sabe Dios dónde me llevará mi desventura! Pero si alguna vez ese insulto me lo arrojasen a la cara con razón, no me culpe usted a mí, padre; culpe usted a esas viejas leyes suyas...

GAS ¿Qué dices?

M. CRUZ No esperaré para salir de esta casa—de donde la severidad de usted me arroja—a que terminen las fiestas... ¡No! ¡Saldré ahora mismo!

GAS. ¿Cómo?

M. CRUZ Pero no para volver a casa de mi marido... Pediré asilo, no sé a quién. Procuraré vivir honradamente... trabajaré... Seré lo que la vida quiera que sea... ¡todo, antes que esclava! ¡Todo, antes que sufrir condena por culpas no cometidas!

GAS. ¡Loca!.. ¡Estás loca!...

M. CRUZ Ni un minuto más aquí... Adiós, padre. (Entra primera derecha.)

ESCENA X

DON GASPAR solo

Ese hombre... ese hombre maldito, ¿qué ha hecho de mi hija?... ¡Es otra... otra! ¿Y yo soy el mismo?. . ¿Cómo escuché sus rebeldías?... (Golpeändose el corazón.) ¡Cobarde!. . ¡Cobarde!... ¡Cobarde! (Cae, sollozando, en un sillón.)

ESCENA ULTIMA

GASPAR, MARIA CRUZ. Luego ROSARIO y RAMON

María Cruz viene con el sombrero puesto y el cabás en la mano Al ver a su padre llorando se detiene indecisa; después de un momento de vacilación, marcha de nuevo; cuando llega a la puerta del fondo vacila nuevamente, corre a donde está su padre y se arrodilla junto a él. Don Gaspar, como si despertara de un sueño, la contempla

M. CRUZ — Perdóneme usted, padre, perdóneme... (Don Gaspar coge entre sus manas la cabeza de su hija y después de estrecharla contra su pecho, la besa en la frente con pasión.)

GAS. — Hija... hija...

M. CRUZ — Adiós, padre... Adiós para siempre...

GAS. — ¡¡No!!... ¡No!...

M. CRUZ — ¡Padre!

GAS. — (En voz baja y emocionado.) ¡Calla, no te vayas... no te vayas. ¡Me moriría! ¡Es la primera, la única vez que me rebelo contra las tradiciones de mi casa. Pero es por ti... ¡por ti!, ¡todo, antes que verte desgraciada!

M. CRUZ — ¡Padre! ¡Padre! (Solloza en sus brazos.) (Rosario y Ramón entran por el foro.)

ROS. — Aquí están... No te dije yo que algo ocurría.... ¡María Cruz, padre!... Mira, están llorando.

RAMÓN — Don Gaspar, ¿qué sucede?

GAS. — ¡Nada! Que María Cruz vuelve a nosotros, a su tierra, por no salir más de entre los suyos... ¡Como antes, ¿oís?, como antes!

ROS. — (Abrazando a su hermana.) ¡María Cruz!

RAMÓN — Pero, ¿y Luis?

GAS. El nombre del... que fué su marido, no se ha de pronunciar jamás en esta casa. ¡Es mi voluntad! (Pasando al lado de Rosario y María Cruz.) María Cruz, seca esas lágrimas... que nadie note que has llorado... Vuelve a tu cuarto y prepárate para la fiesta... ¡Hoy es día de fiesta en esta casa! Rosario, vé con tu hermana... (Las acompaña hasta la primera derecha, por donde hacen mutis las dos. Al volver al centro de la escena, se encuentra con Ramón que le mira receloso.)

RAMÓN Pero, ¿qué ha pasao?

GAS. Nada, Ramón, nada.

RAMÓN ¿Y... se queda?

GAS. Para siempre... Ves cómo hice bien en conservar su hacienda... su pan... ¡Ella es la más pobre, la más desgraciada! (Ramón hace un gesto de desagrado. Don Gaspar avanza hacia él ciego de ira.) ¡Silencio! Ná me digas... que por decirme antes tanto, tuve el dolor de conocerte. ¡Cierra el pico, pa' que no te conozcan los demás!... (Pausa.) Dame esa mano, y vé... a cumplir tu deber como yo he cumplido con el mío... (Pausa.) ¡No hay más leyes en la tierra, que la ley del corazón.

(Al mutis cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas